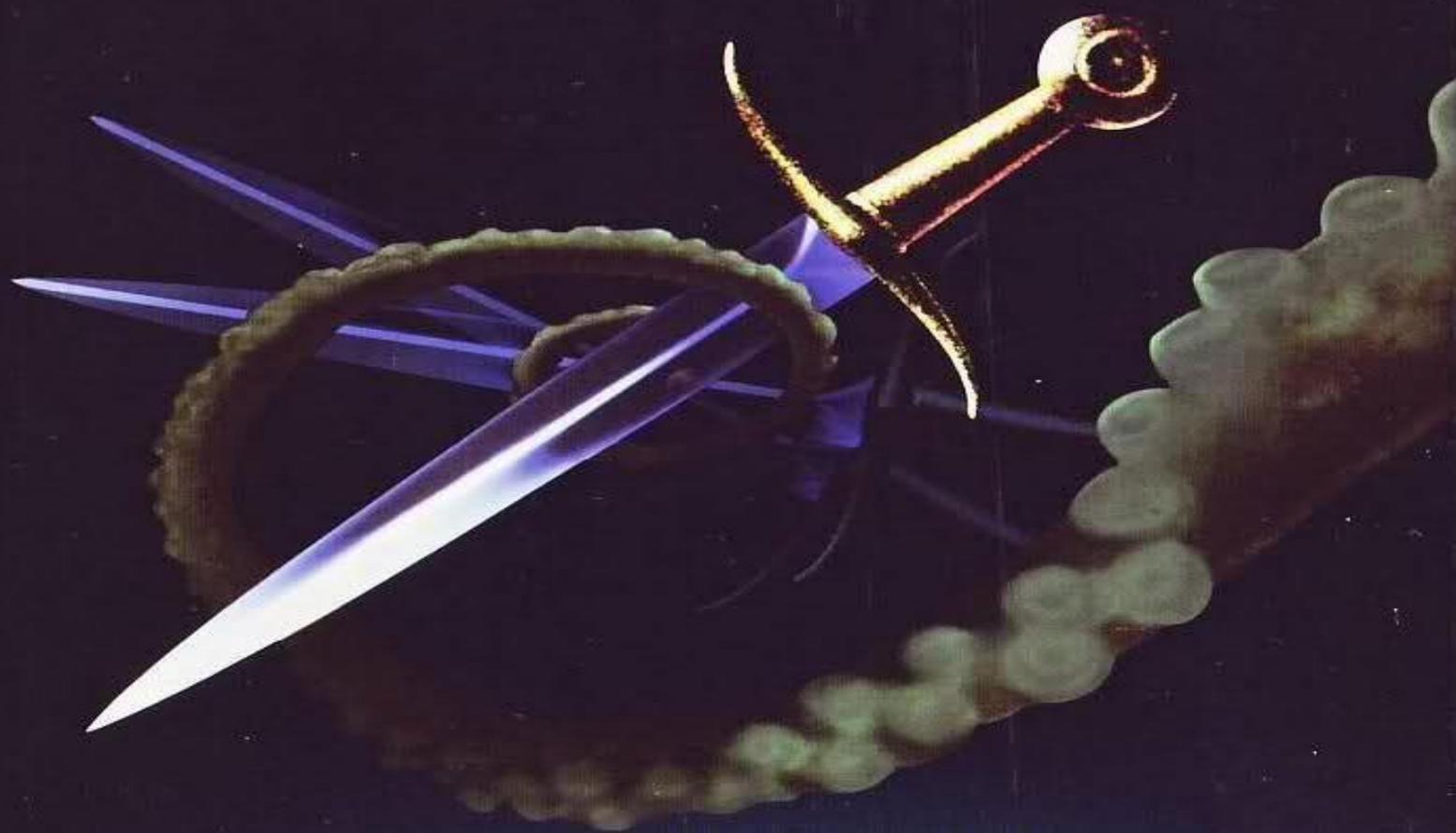


JAMES BOND

007

Octopussy



Ian Fleming

Lectulandia

OCTOPUSSY

En Jamaica, James Bond se ocupa de un caso especial de asesinato llevado a cabo por un pulpo.

PROPIEDAD DE UNA DAMA

En Londres, James Bond puja por un fabuloso *objet de vertu* de Fabergé también codiciado por un despiadado espía del KGB.

ALTA TENSION

Uno de los mejores cuentos de Fleming en el que la identidad de un asesino en el Berlín Occidental de la guerra fría, entorpece seriamente la misión de James Bond.

Lectulandia

Ian Fleming

Octopussy

James Bond: 007 /14

ePUB v1.0

000 01.05.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Octopussy* (1965) / *The property of a lady* (1963) / *The living daylights* (1962)

Ian Fleming, 1965.

Traducción: Anna Jené

Ilustraciones: Jordi Ciuró

Diseño/retoque portada: Joan Batallé

Editor original: 000 (v1.0)

ePub base v2.0

Octopussy^[1]

—¿Sabes qué? —dijo el comandante Dexter Smythe al pulpo—. Si puedo arreglarlo, hoy recibirás un buen regalo.

Lo había dicho en voz alta y su aliento había empañado el cristal de sus gafas Pirelli. Puso los pies en el suelo arenoso, junto a una roca y se enderezó. El agua le llegaba hasta el pecho. Se quitó las gafas, escupió en el cristal, lo frotó con saliva y luego lo enjuagó para limpiarlo. Después se puso la correa de caucho de las gafas alrededor de la cabeza y volvió a inclinarse.

El ojo de aquel saco marrón moteado seguía observándolo atentamente desde la cavidad de coral, pero, además, ahora la punta de un pequeño tentáculo se asomaba, dudosa, unos centímetros, de entre las sombras, e indagaba apenas con sus rosadas ventosas erectas.

Dexter Smythe sonrió satisfecho. Si tuviera más tiempo, quizá un mes más de los dos que ya llevaba intentado hacerse amigo del pulpo, conseguiría domesticar al bichito. Pero no disponía de ese mes.

¿Debía ese día aprovechar la oportunidad de ofrecerle la mano a aquel tentáculo, en vez de un trozo de carne cruda en la punta de su arpón?; ¿debía estrecharle la mano, por así decirlo? «No, Pussy —pensó—. Todavía no puedo fiarme de ti». Casi con toda seguridad otros tentáculos se precipitarían fuera del agujero y le cogerían el brazo. Sólo con verse arrastrado hacia el fondo a menos de un metro, la válvula de corcho de sus gafas se cerraría automáticamente y no podría respirar, y si se las quitaba, se ahogaría. Podía tener suerte y clavarle el arpón, aunque para matar a Pussy se necesitaba más. No. Quizás más tarde. Sería muy parecido a jugar a la ruleta rusa y con las mismas posibilidades: cinco contra una. ¡Podía ser una manera rápida y extravagante de huir de sus problemas! Pero no era el momento. Dejaría la interesante pregunta sin respuesta, aunque se lo había prometido al simpático profesor Bengry del instituto. Dexter Smythe se alejó nadando sin prisa hacia el arrecife, mientras sus ojos buscaban una única forma: la cuña plana y siniestra del pez escorpión, o como diría Bengry, *Scorpaena Plumieri*.

El comandante Dexter Smythe, OBE^[2], retirado de los Royal Marines, era una sombra del otrora valiente hombre lleno de recursos, del atractivo hombre de vida militar repleta de amoríos fáciles, especialmente con los miembros de los cuerpos femeninos del ejército, la armada y la fuerza aérea británicas que se encargaban de las comunicaciones y tareas administrativas del grupo táctico especial al que había sido destinado al final de sus años de servicio. Ahora tenía cincuenta y cuatro años, una calvicie incipiente y una tripa que colgaba por encima de su bañador Jantzen. Ya había tenido dos trombosis coronarias. Sólo un mes antes, su médico, Jimmy Greaves —que era uno de sus compañeros de partidas de póquer en el Queen's Club cuando

Dexter llegó a Jamaica—, había descrito la última en tono jocoso como «el segundo aviso». Sin embargo, enfundado en su ropa cuidadosamente elegida, ocultas sus varices y plano su estómago gracias a un discreto cinturón colocado debajo de la faja de etiqueta, todavía era un hombre de buen ver en cualquier cena o cóctel de North Shore. Sus amigos y vecinos no conseguían entender por qué, a pesar de la ración de dos dedos de whisky y diez cigarrillos impuesta por su médico, él seguía fumando como una chimenea y acostándose borracho —aunque amablemente borracho— cada noche.

La solución a tal misterio era que Dexter Smythe había alcanzado una fase de su vida en la que lo único que deseaba era la muerte. Los orígenes de su estado de ánimo eran variados y en absoluto complejos. Estaba irremediabilmente atado a Jamaica y la pereza tropical se había adueñado paulatinamente de él. Así, mientras su apariencia era la de un sólido tronco de buena madera, bajo la superficie barnizada, las termitas de la pereza, los excesos, la culpabilidad por un antiguo pecado y el asco que sentía por él mismo habían erosionado su núcleo hasta pulverizarlo. Desde la muerte de Mary, dos años antes, no había amado a nadie más. Ni siquiera estaba seguro de haberlo hecho, pero sabía que, a cada momento del día, echaba de menos el amor que ella le profesaba, su presencia alegre, desaliñada, reprobadora y a menudo irritante, y aunque sólo sentía desprecio por la chusma internacional con la que confraternizaba en North Shore, compartía con ellos canapés y martinis. Quizás podría haber hecho amistad con los militares, los caballeros rurales del interior o los propietarios de plantaciones de la costa, los profesionales y los políticos, pero eso suponía replantearse algún objetivo serio en la vida, algo que su pereza y su estado de apatía le impedían, y además suponía reducir la cantidad de alcohol, a lo que no estaba dispuesto.

Así que el comandante Smythe estaba aburrido, mortalmente aburrido, y si no fuera por su única razón en la vida, ya haría tiempo que se hubiera tragado el frasco de barbitúricos que había obtenido con facilidad del médico local. La cuerda de la que seguía colgado al borde del precipicio era muy fina. Los bebedores degeneran hasta alcanzar la exageración de sus propios temperamentos básicos, que son cuatro: el optimista, el flemático, el colérico y el melancólico. El borracho optimista se alegra hasta alcanzar la histeria y la estupidez. El flemático se sume en un marasmo de hosca tristeza. El colérico es el borracho pendenciero de caricatura que pasa la mitad de su vida en el calabozo por aporrear objetos y personas, y el melancólico sucumbe a la autocompasión, la sensi-blería y el llanto.

El comandante Smythe era un melancólico que había ido penetrando en un mundo de fantasía almibarada tejida alrededor de los pájaros, los insectos y los peces que habitaban los cinco acres de «Pequeña Ola» —el nombre que dio a su chalé era sintomático—, la playa y el arrecife de coral situado más allá. Los peces eran sus

preferidos. Hablaba de ellos como «personas» y, puesto que los peces de arrecife no se mueven de su territorio tal como la mayoría de pájaros pequeños, los «amaba» y creía que ellos también lo amaban.

Sin duda lo conocían, de la misma manera que los animales de un zoo conocen a sus cuidadores, porque era la persona que los alimentaba con regularidad a diario. Para los peces que se alimentan del fondo marino, arrancaba algas y levantaba la arena y las piedras, para los pequeños depredadores rompía huevos marinos y erizos, y a los más grandes les proporcionaba pedazos de tripas. Ahora, mientras nadaba lenta y pesadamente a lo largo del arrecife y a través de los canales que llevaban al mar abierto, su «gente» nadaba a su alrededor sin miedo y a la expectativa, precipitándose sobre el arpón de tres puntas, para ellos una cuchara generosa, acariciando el cristal de las gafas e incluso mordisqueándole suavemente las piernas y los pies en el caso de los cangrejos, más atrevidos y belicosos.

Una parte de la mente del comandante Smythe percibía todas estas «personitas» de colores brillantes, pero ese día tenía un trabajo que hacer. Mientras los saludaba sin palabras —«Buenos días, Beau Gregory», al pez azul marino con manchas azul brillante, el «pez joya» que era exactamente igual que el frasco tallado con mil facetas de «Vol de Nuit» de Worths; «Lo siento. Hoy no, cariño», a un revoloteante pez mariposa que tenía unos «ojos» negros y falsos en la cola, y «Estás demasiado gordo, Blue Boy», a un pez loro que debía de pesar sus buenos cuatro kilos—, sus ojos buscaban a una sola «persona», a su único enemigo en aquel arrecife, el único al que mataba nada más verlo, el pez escorpión.

El pez escorpión habita en la mayoría de los mares meridionales del mundo; la escorpina, que es la base de la bullabesa, pertenece a la misma familia. La variedad antillana mide sólo unos treinta centímetros y pesa aproximadamente 450 gramos. Es, con mucho, el pez más feo del mar, como si la naturaleza quisiera advertirnos. Es de un gris amarronado y moteado y tiene una cabeza ósea en forma de cuña. Las «cejas» carnosas le cuelgan por encima de unos ojos rojos y coléricos, y la coloración y el cuerpo contrito son un camuflaje perfecto en el arrecife. Aunque es un pez pequeño, su boca llena de dientes es lo bastante grande como para tragarse de golpe algunos de los peces más pequeños del arrecife, pero su arma mortal se halla en las eréctiles aletas dorsales, que actúan como agujas hipodérmicas al entrar en contacto con la superficie y que están provistas de glándulas venenosas, con la tetrodotoxina suficiente como para matar a un hombre con sólo rozarle una parte vulnerable del cuerpo, por ejemplo, una arteria, el corazón o la ingle. Estos peces son el único peligro importante para el nadador del arrecife, mucho más peligrosos que las barracudas o los tiburones, porque su camuflaje y su armadura les confieren seguridad. No huyen de nada, excepto de un pie situado muy cerca de ellos o de cualquier otro contacto. Se alejan sólo unos cuantos metros revoloteando con sus

amplias aletas pectorales, de una coloración extraña, y se instalan vigilantes en la arena, donde toman la apariencia de un bulto en medio del abundante coral, o entre las rocas y las algas, donde prácticamente desaparecen.

El comandante Smythe estaba decidido a encontrar un ejemplar, arponearlo y dárselo a su pulpo para ver si lo cogía o lo rechazaba, para saber si uno de los mayores depredadores marinos era capaz de reconocer el carácter mortífero de otro y darse cuenta de que era venenoso. ¿Se comería el pulpo el vientre y dejaría las espinas? ¿Se lo comería todo y, si lo hacía, le afectaría el veneno? Ésas eran las preguntas para las que Bentry del instituto quería respuestas, y aquel día, que sería el principio del fin de la vida del comandante Smythe en «Pequeña Ola», y aunque significara también el final de su querido *Octopussy*, el comandante Smythe estaba decidido a responderlas y así dejar un pequeño recuerdo de su, ahora inútil, vida en algún rincón polvoriento del archivo de biología marina del instituto.

Sólo dos horas antes, la ya sombría vida del comandante Dexter Smythe había cambiado mucho y para peor. Había empeorado tanto que tendría suerte si sólo le sentenciaban a cadena perpetua al cabo de unas semanas: las necesarias para mandar unos cables desde la Casa del gobernador a la Oficina colonial, de allí al Servicio Secreto y, después, a Scotland Yard y por último al fiscal del Estado, y para arreglar el traslado del comandante Smythe a Londres acompañado por la policía.

Y todo a causa de un hombre llamado Bond, comandante James Bond, que había llegado a su casa en taxi desde Kingston a las diez y media de la mañana de ese mismo día.

El día había empezado normalmente. El comandante Smythe había despertado de su sueño de seconal, se había tomado un par de Panadols —el estado de su corazón le impedía tomar aspirina—, se había duchado y, sentado bajo los almendros a modo de sombrilla, había repartido entre los pájaros las sobras del desayuno, que apenas había probado. Después se había tomado las dosis administradas de anticoagulante y las pastillas para la tensión. Ahora mataba el tiempo con el *Daily Gleaner* hasta el tentempié de las once que, desde hacía unos meses, había adelantado a las diez y media. Acababa de servirse el primero de los dos ginger-ales muy cargados de coñac, «la bebida del bebedor», cuando oyó un coche que se acercaba por el camino de entrada.

Luna, su ama de llaves de color, salió al jardín y anunció:

—Un señor querer verle, comandante.

—¿Cómo se llama?

—Él no dice, comandante. Él dice decirle viene de la Casa del gobernador.

El comandante sólo llevaba unos viejos pantalones cortos de color caqui y sandalias.

—De acuerdo, Luna —dijo—. Llévalo al salón y dile que no tardaré.

Rodeó la casa por detrás hasta su dormitorio, donde se puso una sahariana blanca, unos pantalones y se peinó. ¡La Casa del gobernador! ¿Qué diablos ocurría?

En cuanto entró al salón y vio a un hombre alto con traje azul oscuro, de pie ante el ventanal con vistas al mar, el comandante Smythe presintió ya la mala noticia. Cuando el hombre se dio la vuelta lentamente para mirarlo con sus ojos gris azulado, de manera grave y atenta, supo que se trataba de un asunto oficial, y cuando su alegre sonrisa quedó sin respuesta, tuvo la certeza de que era un asunto oficial desagradable. Un escalofrío recorrió su espalda. De algún modo, «ellos» lo habían descubierto.

—Hola, hola. Soy Smythe. Según parece, viene usted de la Casa del gobernador. ¿Cómo está sir Kenneth?

Por algún motivo, estrecharse las manos estaba fuera de lugar.

—No le he visto —dijo el hombre—. Llegué hace sólo un par de días y he estado visitando la isla la mayor parte del tiempo. Me llamo Bond, James Bond. Pertenezco al Ministerio de Defensa.

El comandante Smythe recordaba aquel antiguo eufemismo del Servicio Secreto.

—¡Oh! ¿La vieja empresa? —exclamó, con forzada animación.

Bond ignoró la pregunta.

—¿Hay algún sitio donde podamos hablar?

—Claro. En cualquier sitio. ¿Aquí o en el jardín? ¿Quiere algo de beber? —El comandante Smythe hizo tintinear el hielo del vaso que todavía tenía en la mano.— Ron con ginger es el veneno local. Yo prefiero el ginger sólo.

La mentira surgió con la facilidad automática del alcohólico.

—No, gracias. Y éste es un buen sitio.

El hombre se apoyó con negligencia en el amplio alféizar de caoba.

El comandante Smythe se sentó y apoyó una pierna con desenvoltura en el brazo de una de las cómodas sillas coloniales que había hecho copiar a un carpintero local de un original. Se acercó de un tirón la mesilla de las bebidas, dio un buen trago y deslizó el vaso con mano firme y deliberada dentro del agujero de la madera.

—Bien —dijo animadamente, mirando al otro hombre directamente a los ojos—. ¿En qué puedo servirle? ¿Han enviado a alguien a hacer un trabajito sucio a North Shore y necesitan que les eche una mano? Estaré encantado de volver a la batalla. Ha pasado mucho tiempo desde esa época, pero todavía recuerdo los viejos procedimientos.

—¿Le importa si fumo?

El hombre ya tenía la pitillera en la mano, una pitillera plana metálica con capacidad para unos cincuenta cigarrillos. De alguna manera, aquel pequeño signo de flaqueza compartida reconfortó al comandante Smythe.

—¡Pues claro, mi querido amigo!

Hizo un movimiento para levantarse, con el encendedor preparado.

—Ya está, gracias. —James Bond ya había encendido el cigarrillo.— No, no se trata de nada local. Quiero..., me han enviado para preguntarle si recuerda su trabajo para el Servicio al final de la guerra. —James Bond hizo una pausa y miró atentamente al comandante Smythe.— Especialmente la época en la que usted trabajaba con la Miscellaneous Objectives Bureau^[3].

El comandante Smythe lanzó una risotada. Lo sabía. Sin duda lo había sabido desde el principio, pero cuando salió de los labios de ese hombre, la risa del comandante Smythe emergió con la fuerza del grito de un hombre cuando le pegan.

—¡Dios mío, sí! El viejo y buen MOB. ¡Eso sí que fue divertido!

Volvió a reír. Sintió un dolor en el corazón que le atravesaba el pecho, provocado por la presión que sabía que se avecinaba. Metió la mano en el bolsillo de su pantalón, inclinó el frasquito sobre la palma de la mano y se puso una pastilla blanca de TNT bajo la lengua. Le divirtió ver cómo la tensión envolvía al otro hombre, a juzgar por el modo en que sus ojos se entornaron alertamente. «No te preocupes, querido amigo. No es una pastilla de veneno.»

—¿Tiene usted problemas de acidez de estómago? —preguntó—. ¿No? Me mata cuando pillo una borrachera. Anoche, en la fiesta del Jamaica Inn. Debería dejar de pensar que aún tengo veinticinco años. Bueno, volvamos al MOB. Supongo que ya no quedamos muchos. —Sintió cómo el dolor en el pecho volvía a su guarida.— ¿Tiene algo que ver con la Historia oficial?

James Bond observó la punta de su cigarrillo.

—No exactamente.

—Supongo que sabe que escribí la mayor parte del capítulo sobre el cuerpo para el Libro de guerra. Hace ya mucho tiempo de eso. Dudo ahora que pudiera añadir nada más.

—¿Nada sobre aquella operación en el Tirol, en un lugar llamado Ober Aurach, aproximadamente a un kilómetro y medio al este de Kitzbühel?

Uno de los nombres con los que había estado viviendo durante todos esos años arrancó otra brusca risotada al comandante Smythe.

—¡Eso fue pan comido! Seguro que nunca ha visto un desbarajuste como aquél. Todos aquellos de la Gestapo con sus amiguitas. Y todos borrachos como esponjas. Tenían sus archivos muy bien ordenaditos y nos los dieron sin rechistar. Pensaban que así conseguirían un mejor trato, supongo. Echamos un primer vistazo a todo el material y luego los enviamos a todos al campamento de Munich. Fue lo último que supe de ellos. Me imagino que a la mayoría los colgaron por crímenes de guerra. Enviamos todos los papelotes al Cuartel General en Salzburgo. Después nos fuimos hacia el valle Mittersill para encontrar otro escondrijo. —El comandante Smythe echó otro trago y encendió un cigarrillo. Levantó la vista.— En resumen, eso fue lo

que pasó.

—Usted era el Número 2 en esa época, creo. El oficial al mando era un norteamericano, un tal coronel King, del ejército de Patton.

—Exacto. Un buen tipo. Llevaba bigote, lo cual no es muy norteamericano. Sabía mucho sobre los vinos locales. Un individuo bastante civilizado.

—En el informe sobre la operación, escribió que le entregó todos los documentos para una inspección preliminar, puesto que era el experto en alemán de la unidad. ¿Usted se los devolvió todos, junto con sus comentarios? —James Bond hizo una pausa.— ¿Todos y cada uno de ellos?

El comandante Smythe ignoró la indirecta.

—Exacto. La mayoría era listas de nombres. Datos de contraespionaje. La gente de contraespionaje en Salzburgo se sintió muy satisfecha con tal material. Les proporcionó muchas pistas nuevas. Supongo que los originales estarán tirados por alguna parte. Seguramente se usaron en los Juicios de Nuremberg. ¡Sí, señor! —El comandante Smythe se puso melancólico, como si hablara con un antiguo colega.— Aquéllos fueron unos de los mejores meses de mi vida, corriendo por todo el país con el MOB. ¡Vino, mujeres y música! ¡Ya lo creo!

En ese momento, el comandante Smythe decía toda la verdad. Hasta 1945, había pasado una guerra muy incómoda. Cuando se formaron los Comandos en 1941, se ofreció voluntario y fue trasladado en comisión de servicios desde los Royal Marines al Cuartel General de operaciones conjuntas bajo las órdenes de Mountbatten. Allí, su excelente alemán —su madre había nacido en Heidelberg— le procuró el poco envidiable trabajo de interrogador de primera línea en las operaciones del comando al otro lado del Canal. Tuvo suerte de salir ileso de esos dos años de trabajo y con la OBE (militar), que durante la última guerra apenas había sido concedida. Entonces, para preparar la derrota de Alemania, el Servicio Secreto y Operaciones Conjuntas formaron el MOB, y al comandante Smythe se le otorgó de manera temporal el rango de teniente coronel y se le encargó formar una unidad con el objetivo de limpiar las guaridas de la Gestapo y la Abwehr cuando se produjera el hundimiento de Alemania. El OSS^[4] se enteró del plan e insistió en apuntarse al carro para ocuparse del lado norteamericano del frente y así se crearon no una sino seis unidades, que entraron en acción en Alemania y Austria el día de la rendición. Eran unidades de veinte hombres, cada una con un carro blindado ligero, seis jeeps, un vehículo, radio y tres camiones, y controladas por un mando conjunto angloamericano en el SHAEF^[5], el cual también les proporcionaba los objetivos a partir de la información de las unidades de Inteligencia de la SIS^[6] y la OSS. El comandante Smythe había sido el Número 2 del destacamento «A» destinado al Tirol —un área llena de buenos escondrijos con una salida fácil a Italia y, quizás, fuera de Europa—. Se sabía que esa zona había sido escogida como escondite número uno por la gente perseguida por el

MOB. Y, tal como el comandante Smythe le dijo a Bond, se lo habían pasado de miedo. Y sin disparar un solo tiro, excepto, claro está, los dos disparados del comandante Smythe.

—¿Le suena de algo el nombre de Hannes Oberhauser? —preguntó James Bond, como de pasada.

El comandante Smythe frunció el ceño, tratando de recordar.

—La verdad es que no.

Aunque hacía cuarenta grados a la sombra, se estremeció.

—Deje que le refresque la memoria. El mismo día en que le entregaron los documentos que debía revisar, usted había estado preguntando, en el Hotel Tiefenbrunner donde se alojaba, quién era el mejor guía de montaña en Kitzbühel. Le informaron que era Oberhauser. Al día siguiente, pidió a su oficial al mando un día de permiso, que le fue concedido. A la mañana siguiente, muy temprano, fue al chalé de Oberhauser, lo arrestó y se lo llevó en su jeep. ¿Le suena?

Esa frase: «refrescar la memoria». ¿Cuántas veces la había usado el propio comandante Smythe tratando de atrapar a un alemán mentiroso? «¡Tómate tu tiempo! Has estado esperando algo así durante años.» El comandante Smythe movió la cabeza, dudando.

—La verdad es que no.

—Un hombre con el pelo gris y un poco cojo. Hablaba algo de inglés porque había sido monitor de esquí antes de la guerra.

El comandante Smythe miró con aire inocente aquellos ojos claros y fríos.

—Lo siento. No puedo ayudarle.

James Bond sacó un pequeño bloc de piel azul de su bolsillo interior y pasó algunas páginas. Después paró y levantó la vista.

—En aquella época, llevaba usted un revólver de reglamento Webley & Scott del 45 con el número de serie 8967/362.

—Sin duda era una Webley. Un arma condenadamente difícil de manejar. Ojalá hubiera existido en aquella época algo parecido a la Luger o la Beretta pesada. Pero la verdad es que nunca me fijé en el número.

—El número es correcto —dijo James Bond—. Sé la fecha en que el Cuartel General se la entregó y la fecha en que usted la devolvió. Firmó ambas veces en el registro.

El comandante Smythe se encogió de hombros.

—Entonces debía ser mi pistola —imprimió un tono de impaciencia en su voz—. Pero si no le importa decírmelo, ¿de qué va todo esto?

James Bond lo miró casi con curiosidad, aunque le habló sin crueldad.

—Usted sabe muy bien de qué va, Smythe. —Calló un instante, como si reflexionara.— Le diré lo que haremos. Saldré al jardín unos diez minutos para que

pueda pensar. Ya me llamará —añadió con seriedad—. Todo sería mucho más fácil si me lo contara con sus propias palabras.

Se dirigió a la puerta del jardín y se dio la vuelta.;

—Me temo que sólo se trata de añadir unos pocos detalles. Debe saber que ayer tuve una charla con los hermanos Foo en Kingston.

Salió en dirección al césped.

En parte, el comandante Smythe se sintió aliviado. Al menos ahora, la lucha por ser más listo que ellos, el intento de inventar coartadas, las evasivas habían terminado. Si ese Bond había conseguido llegar a los Foo, a cualquiera de los dos, ellos ya se habrían ido de la lengua. Llevarse mal con el gobierno era lo que menos les interesaba y, además, sólo quedaban quince centímetros del material.

El comandante Smythe se levantó bruscamente, se acercó al bien provisto aparador y se sirvió otro coñac con ginger ale, casi mitad y mitad. Al fin y al cabo, ¡mejor aprovecharse ahora mientras todavía tenía tiempo! El futuro no le depararía más oportunidades como aquélla. Volvió a su silla y encendió el cigarrillo número veinte del día. Se miró el reloj: eran las once y media. Si lograba librarse de aquel tipo en una hora, todavía podría pasar un buen rato con su «gente». Se quedó allí sentado, bebiendo y ordenando sus ideas. Podía extenderse con su historia o resumirla, hablar del tiempo que hacía y del olor de las flores y los pinos de la montaña, o podía hacer un resumen. Mejor sería hacer un resumen.

De pie en la gran habitación doble del Tiefenbrunner, entre aquel montón de papelotes amarillentos y grises esparcidos sobre la cama vacía, el comandante sólo echaba un vistazo aquí y allá, sin buscar nada en concreto, concentrándose en aquellos en que se leía en rojo: KOMMANDOSACHE, HOECHST VERTRAULICH. No había muchos así; en su mayoría eran informes confidenciales sobre altos cargos alemanes, mensajes codificados e incompletos de los Aliados que habían sido interceptados e información sobre el paradero de depósitos secretos. Dado que estos últimos eran el principal objetivo del destacamento «A», el comandante Smythe los había examinado con especial emoción: comida, explosivos, armas, informes de espías, archivos sobre el personal de la Gestapo, ¡un gran botín! Pero entonces, abajo de todo, había encontrado un sobre sellado con cera roja y que advertía: ABRIR SÓLO EN CASO DE EMERGENCIA FINAL. Sólo contenía una sola hoja de papel, que no estaba firmada y tenía escritas unas pocas palabras con tinta roja. El encabezamiento decía VALUTA, y debajo se leía WILDE KAISER, FRANZISKANER HALT. 100 M. OESTLICH STEINHÜGEL. WAFFENKISTE. ZWEI BAR 24 KT y después una lista de medidas en centímetros. El comandante Smythe separó las manos como si mostrara el tamaño de un pez que había pescado. Cada lingote debía de ser casi tan grande como un par de ladrillos. ¡Y

pensar que en aquel momento un soberano inglés de sólo dieciocho quilates se vendía por dos o tres libras! ¡Aquello era una verdadera fortuna! ¡Unas cuarenta o cincuenta mil libras! ¡Quizá incluso cien mil! No pensó en nada, pero, con rapidez y frialdad, por si alguien entraba, quemó el papel y el sobre con una cerilla, convirtió en polvo las cenizas y las tiró por el retrete. Después sacó su mapa militar, a gran escala, de la zona y, en un instante, puso su dedo encima del Franziskaner Halt. Aparecía señalado como un refugio de montaña deshabitado situado en un paso, justo debajo del más alto de los picos orientales de las montañas Kaiser, la impresionante cordillera de gigantes dientes de piedra que proporcionaba a Kitzbühel un horizonte amenazador por el norte. El cúmulo de piedras debía de estar allí, señaló con su dedo. ¡Y pensar que toda aquella fortuna estaba sólo a dieciséis kilómetros de allí! ¡Apenas cinco horas escalando!

El principio había sido tal y como lo había descrito Bond. Fue al chالé de Oberhauser a las cuatro de la madrugada, arrestó al hombre y dijo a su llorosa familia que se lo llevaba a un campamento de interrogatorios en Munich. Si el historial del guía estaba limpio, estaría de vuelta al cabo de una semana. Si la familia armaba un escándalo, sólo crearía problemas a Oberhauser. Smythe se había negado a dar su nombre y había tenido la previsión de ocultar la matrícula de su jeep. En veinticuatro horas, el destacamento «A» seguiría su camino y, para cuando el gobierno militar llegara a Kitzbühel, el incidente se diluiría en la maraña provocada por la ocupación.

Una vez recuperado del susto, y cuando Smythe hubo hablado adrede de esquí y escalada, actividades que había practicado antes de la guerra, Oberhauser resultó ser un tipo muy agradable. Tal como Smythe quería, congeniaron rápidamente. Su ruta corría al pie de la cordillera Kaiser hacia Kufstein. Smythe conducía despacio, mientras comentaba con admiración las cimas que el amanecer teñía de rosa brillante. Finalmente, al pie del Pico del Oro, tal como él lo había bautizado, aminoró la marcha para salir de la carretera y parar en un claro cubierto de hierba. Sentado en su asiento, se dio la vuelta y dijo con franqueza:

—Oberhauser, es usted un hombre como Dios manda. Compartimos muchos intereses y su conversación y el hombre que creo que es me hacen pensar que no cooperó con los nazis. Le diré lo que haremos. Pasaremos el día escalando en el Kaiser y después lo llevaré de vuelta a Kitzbühel e informaré a mi superior de que en Munich lo han declarado inocente. —Sonrió alegremente.— ¿Qué le parece?

Aquel hombre casi lloraba de agradecimiento. Pero ¿no necesitaría algún papel que demostrara que él era un buen ciudadano? Claro. La firma del comandante Smythe bastaría. Sellaron su pacto y el jeep enfiló por un sendero. Una vez lo hubo escondido bien de la carretera, ambos bajaron del coche y empezaron, con paso firme, la ascensión por las estribaciones perfumadas de pino.

Smythe iba bien equipado. No llevaba nada bajo la guerrera, unos pantalones

cortos y un par de excelentes botas con suela de goma pertenecientes a los paracaidistas norteamericanos. El único peso que llevaba era el Webley & Scott y, puesto que al fin y al cabo Oberhauser formaba parte del enemigo, actuó con prudencia y no le sugirió que lo dejara detrás de una roca. Oberhauser llevaba su mejor traje y sus botas, pero no parecían molestarle. Aseguró al comandante Smythe que no necesitarían cuerdas ni pitones para ascender y que había una cabaña justo encima de ellos, donde podrían descansar. Se llamaba Franziskaner Halt.

—¿De veras? —preguntó el comandante Smythe.

—Sí, y debajo hay un pequeño glaciar. Es muy bonito, pero subiremos rodeándolo. Hay muchas grietas.

—No me diga —dijo el comandante Smythe, pensativo.

Observó la parte posterior de la cabeza de Oberhauser, ahora perlada por el sudor. Después de todo, sólo era un maldito alemán o, al menos, algo parecido. ¿Qué importaba uno más o menos? Todo saldría a pedir de boca. Lo único que preocupaba al comandante Smythe era cómo bajar el puñetero oro de la montaña. Decidió que encontraría el modo de colgar de su espalda los lingotes. Al fin y al cabo, podía arrastrarlos la mayor parte del camino en la caja de municiones o de lo que fuera.

Fue una caminata dura y larga montaña arriba, y cuando hubieron pasado la zona boscosa, salió el sol y empezó a hacer mucho calor. Después, sólo había rocas y piedras. Avanzaban en largos zigzags y, a su paso, se desprendían piedras y cantos que caían rodando y saltando por la pendiente, cada vez más pronunciada a medida que se acercaban al último peñasco, gris y amenazador, que se proyectaba sobre el azul del cielo por encima de sus cabezas. Los dos iban desnudos de cintura para arriba y sudaban tanto que el sudor les bajaba por las piernas y se les introducía en las botas; pero, a pesar de la cojera de Oberhauser, siguieron a buen ritmo. Cuando se pararon para beber algo y refrescarse junto a un veloz riachuelo, Oberhauser felicitó al comandante Smythe por su excelente forma física. El comandante Smythe, que pensaba en sus cosas, repuso con brusquedad y mintió al decir que todos los soldados ingleses estaban en buena forma. Prosiguieron su camino.

La cara rocosa no fue difícil. El comandante Smythe ya lo había supuesto porque, de lo contrario, no se habría podido construir un refugio de montaña en la cornisa. Había agujeros para apoyar el pie excavados en la pared y, de vez en cuando, pitones de hierro clavados en las grietas. Sin embargo, solo, no hubiera podido encontrar las vías más difíciles. Se felicitó por haber decidido llevarse a un guía.

De improviso, la mano de Oberhauser, tanteando para encontrar un sitio donde cogerse, se agarró a una gran roca que, floja por años de nieve y escarcha, se soltó y cayó rodando con estrépito montaña abajo. Súbitamente, el comandante Smythe pensó en el ruido.

—¿Hay mucha gente por aquí? —preguntó, mientras miraban cómo la piedra se

precipitaba hasta la zona boscosa.

—No hay nadie hasta llegar a Kufstein —dijo Oberhauser. Señaló la árida cordillera de elevadas cimas—. No hay pastos. Poca agua. Sólo vienen los montañeros. Y desde que empezó la guerra...

Dejó la frase sin terminar.

Bordearon el glaciar azulado, situado debajo del último tramo de escalada hacia la cornisa. La mirada atenta del comandante Smythe calculó la amplitud y profundidad de las grietas. Sí, ¡serían perfectas! Justo encima de ellos, a unos treinta metros al abrigo de la cornisa, se encontraban las deterioradas tablas de la cabaña. El comandante Smythe calculó el ángulo de la pendiente. Sí, era casi vertical. ¿Ahora o después? Sería mejor después. El dibujo de la última vía no era muy claro.

En apenas cinco horas alcanzaron la cabaña. El comandante Smythe dijo que quería hacer sus necesidades y se alejó con aire despreocupado hacia el este, sin prestar atención a los ochenta kilómetros de maravillosas vistas de Austria y Baviera que se extendían a ambos lados, y desapareció en la calima. Contó sus pasos cuidadosamente. A exactamente 120 pasos, había un montículo de piedras, que quizás conmemoraba la amistad de un montañero muerto hacía ya tiempo. Pero el comandante Smythe sabía de qué se trataba y se moría de ganas de deshacerlo en ese mismo instante. Sin embargo, sacó su Webley & Scott, miró con los ojos entrecerrados el cañón e hizo girar el cilindro. Después emprendió el camino de vuelta.

Allí arriba, a tres mil metros o más, hacía frío, y Oberhauser, que había entrado en la cabaña, se afanaba en encender un fuego. El comandante Smythe dominó el horror que la escena le producía.

—Oberhauser —dijo con animación—. Salga y enséñeme las vistas. Desde aquí son maravillosas.

—Claro, comandante.

Oberhauser salió de la cabaña siguiendo al comandante Smythe. Una vez fuera, metió la mano en el bolsillo y sacó algo envuelto en un papel. Lo desenvolvió y mostró una salchicha dura y arrugada que ofreció al comandante.

—Sólo es lo que nosotros llamamos «Soldat» —dijo tímidamente—. Carne ahumada. Muy dura, pero buena —sonrió—. Es parecido a lo que comen en las películas del Oeste. ¿Cómo se llama?

—«Biltong» —dijo el comandante. Luego (más adelante, pensar en ello le asquearía un poco) añadió—: Déjelo en la cabaña. Nos lo comeremos después. Venga aquí. ¿Se puede ver Innsbruck? Muéstreme la vista desde este lado.

Oberhauser entró en la cabaña y volvió a salir. El comandante se situó detrás de él mientras hablaba, señalando un lejano campanario de iglesia o el pico de una montaña.

Llegaron al punto situado justo encima del glaciar. El comandante Smythe sacó su revólver y, a una distancia de medio metro, disparó dos balas en la base del cráneo de Hannes Oberhauser. ¡No podía fallar! ¡Muerte segura!

El impacto de las balas derribó al guía, cuyo cuerpo cayó por el borde. El comandante Smythe se asomó para ver cómo el cuerpo golpeaba dos veces contra la superficie y aterrizaba en el glaciar, pero no en la fisura de origen, sino ¡a medio camino y en el centro de un parche de nieve medio derretida!

—¡Mierda! —exclamó el comandante Smythe.

El fuerte estruendo de los dos disparos, cuyo eco resonaba entre las montañas, se apagó. El comandante Smythe dio un último vistazo a la mancha oscura que yacía sobre la blanca nieve y se alejó por la cornisa. ¡Lo primero era lo primero!

Empezó por la punta del montículo de piedras, trabajando como si el diablo lo persiguiera, lanzando piedras por la pendiente a diestro y siniestro. Empezaron a sangrarle las manos, pero él casi ni se dio cuenta. ¡Sólo faltaba medio metro más o menos! ¡Casi nada! Se inclinó con movimientos febriles sobre el último montón. ¡Ahí estaba! ¡Sí! El borde de una caja metálica ¡Unas cuantas piedras más y era suyo! Una caja de municiones gris y sólida de la Wehrmacht con unas letras medio borradas. El comandante Smythe soltó un grito de alegría. Se sentó en una piedra y llenó su mente de Bentleys, Monte Cario, áticos, Cartier, champán, caviar y, extrañamente, puesto que le gustaba el golf, un juego nuevo de palos Henry Cotton.

Embriagado por sus sueños, el comandante Smythe se quedó allí sentado mirando la caja gris durante un buen cuarto de hora. Después miró el reloj y se levantó rápidamente. Era el momento de librarse de las pruebas. La caja tenía una asa en cada extremo. El comandante Smythe había imaginado que pesaría mucho; mentalmente había comparado su peso con el objeto más pesado que había cargado en su vida: un salmón de casi veinte kilos pescado en Escocia, justo antes de la guerra. Sin embargo, la caja pesaba más del doble y sólo pudo sacarla de su lecho de rocas y dejarla sobre la fina hierba alpina. Envolvió una de las asas con su pañuelo y la arrastró torpemente hasta la cabaña. Después se sentó en el escalón de piedra de la entrada y, sin perder de vista la caja, mordió con sus fuertes dientes la salchicha ahumada de Oberhauser, mientras pensaba cómo bajar de 1a montaña las cincuenta mil libras —la cifra que había calculado— y dejarlas en un nuevo escondrijo.

La salchicha era, sin duda, comida de montañero: dura, con grasa y un fuerte sabor a ajo. Se le metieron algunas hebras entre los dientes. Incómodo, se las sacó con el palito de una cerilla y las escupió en el suelo. Fue entonces cuando su mente de espía se puso en marcha y, con gran meticulosidad, buscó las hebras entre las piedras y la hierba, las recogió y se las tragó. A partir de ese momento era un delincuente, tan delincuente como si hubiera atracado un banco y matado al guardia. Era un «bueno» que se había vuelto «malo». ¡Debía recordarlo siempre! Si no lo

hacía, moriría; moriría en vez de Cartier. Todo lo que tenía que hacer era ser extremadamente cuidadoso. ¡Sería cuidadoso, por Dios, sí lo sería! Y entonces, para siempre jamás, sería rico y feliz. Después de tomarse la minuciosa molestia de borrar cualquier signo de entrada en la cabaña, arrastró la caja de municiones hasta el borde de la pared, apuntó lejos del glaciar, la inclinó y, con una plegaria, la soltó al vacío.

La caja gris, girando lentamente en el aire, golpeó la primera pendiente inclinada bajo la pared de la montaña, cayó treinta metros más y aterrizó con un estrépito metálico sobre un montón de piedras sueltas, donde se paró. El comandante Smythe no podía ver si se había abierto con los golpes. ¡Sería un detalle que la montaña lo hiciera por él!

Después de echar un último vistazo a su alrededor, empezó a bajar. Tomaba grandes precauciones en cada pitón, comprobaba cada agujero antes de apoyar el pie o la mano. Ahora, en el descenso, su vida era mucho más valiosa de lo que había sido durante la subida. Se dirigió al glaciar, caminando con dificultad por la nieve a medio derretir hasta la mancha oscura de aquel campo de hielo. No podía hacer nada con las huellas de sus pies. Dentro de unos pocos días, el sol las derretiría. Se acercó al cuerpo. Había visto muchos cadáveres durante la guerra; la sangre y los miembros rotos no significaban nada para él. Arrastró los restos mortales de Oberhauser hasta la grieta profunda más cercana, donde los arrojó. Después rodeó cuidadosamente el borde de la grieta y tiró la nieve amontonada encima del cuerpo. Satisfecho con su obra, volvió sobre sus pasos, pisando exactamente encima de sus propias huellas, y emprendió el camino, pendiente abajo, hasta la caja de municiones.

Sí, la montaña había abierto la caja por él. Casi con despreocupación, desgarró el envoltorio de papel. Los dos enormes pedazos de metal brillaron bajo el sol. Ambos tenían las mismas marcas: la esvástica dentro de un círculo bajo un águila y la fecha, 1943, las marcas del Reichsbank. El comandante Smythe movió la cabeza en ademán de aprobación. Volvió a colocar el papel en su sitio y, para cerrar un poco la caja, golpeó su tapa deformada con una piedra. Después ató la correa de su Webley alrededor de una de las asas y siguió bajando por la montaña, arrastrando torpemente la carga detrás de él.

Pasaba ya de la una del mediodía y el sol calentaba con fuerza su pecho desnudo, friéndolo en su propio sudor. Los hombros enrojecidos empezaron a quemarle, igual que la cara. ¡Al diablo con ellos! Paró al lado del riachuelo procedente del glaciar, mojó el pañuelo en el agua y se lo ató alrededor de la cabeza. Bebió con ansia y siguió el camino, maldiciendo de tanto en tanto a la caja de municiones cuando le golpeaba los talones. Sin embargo, aquellas incomodidades, las quemaduras del sol y los rasguños, no eran nada comparadas con lo que le esperaba cuando llegara al valle y caminara en el llano. Por ahora, tenía la fuerza de gravedad a su favor. Llegaría el momento en que, al menos durante un kilómetro y medio, tendría que arrastrar aquel

puñetero peso. El comandante Smythe hizo una mueca de dolor, pensando en los estragos que tal ejercicio causaría a su espalda quemada.

«¡Y qué! —se dijo, medio mareado—. *Il faut souffrir pour être millionnaire!*^[7]».

Cuando llegó al final y tuvo que tirar de la carga, se sentó a descansar bajo los abetos de una loma cubierta de musgo. Extendió su guerrera en el suelo y colocó en el centro los dos lingotes que había sacado de la caja. Tan fuerte como pudo, ató los faldones de la chaqueta a la sisa, allí donde se unían las mangas con los hombros. Después de cavar un agujero profundo en la loma y enterrar la caja vacía, hizo un fuerte nudo con los puños de la guerrera, se arrodilló y metió la cabeza en la tosca correa; a continuación colocó sus manos a cada lado del nudo para protegerse el cuello y se levantó tambaleante, inclinándose hacia delante para contrarrestar el peso. Luego, abrumado por una carga que pesaba la mitad de su propio peso, con la espalda dolorida a causa del contacto con el bulto y el aliento que silbaba a través de sus pulmones contraídos, avanzó, como un perro, arrastrando los pies por el sendero que atravesaba el bosque.

Aún ahora no sabía cómo había conseguido llegar hasta el jeep. Una y otra vez, los nudos cedían a la tensión excesiva y los lingotes caían golpeándole las pantorrillas y, en cada ocasión, se había sentado con las manos en la cabeza para luego volver a empezar. Finalmente, concentrado en contar los pasos y parando a descansar cada cien, llegó al bendito coche y se derrumbó a su lado. Luego de haber enterrado el tesoro en el bosque, entre un montón de grandes piedras fáciles de volver a encontrar, se adecentó cuanto pudo y regresó a su alojamiento, dando un rodeo para evitar el chalé de Oberhauser. Todo había terminado. Se emborrachó solo con una botella de «schnapps» barato, comió y se fue a la cama, donde se sumió en el sueño fruto del aturdimiento. A la mañana siguiente, el destacamento «A» del MOB se trasladaría al valle de Mittersill siguiendo una nueva pista y, seis meses más tarde, el comandante Smythe volvería a Londres y la guerra habría terminado.

Pero no sus problemas. El oro es un material difícil de entrar clandestinamente, al menos una cantidad como la que tenía disponible el comandante Smythe, y era esencial que sus lingotes cruzaran el canal de la Mancha y encontraran un nuevo escondrijo. Así que aplazó su desmovilización y se aferró a los privilegios de su rango temporal, especialmente a los pases de Inteligencia Militar. Pronto consiguió que lo enviaran a Alemania como representante del Centro de interrogatorios conjuntos en Munich. Allí hizo algunos trabajillos sueltos durante seis meses, tiempo en el que recuperó el oro, que decidió guardar en una vieja maleta en su alojamiento. Durante dos permisos de fin de semana, voló a Inglaterra, llevando en cada viaje una de las barras en un abultado maletín. La caminata por las pistas de Munich y Northolt y el manejo de su maletín, como si sólo contuviera papeles, requirió dos anfetaminas y una voluntad de hierro. No obstante, finalmente, puso su fortuna a salvo en el

sótano de la casa de una tía suya en Kensington, lo que le permitió emprender la siguiente fase de sus planes sin prisas.

Dejó los Roy al Marines y se casó con una de las tantas chicas con las que se había acostado en el Cuartel General del MOB, una encantadora rubia de la Armada llamada Mary Parnell, perteneciente a una sólida familia de clase media. Compró dos billetes para uno de los primeros barcos bananeros que salía de Avonmouth con rumbo a Kingston, Jamaica; un lugar que ambos consideraron el paraíso del sol, la buena comida y el alcohol barato. Un espléndido refugio lejos de la tristeza, las restricciones y el gobierno laborista de la Inglaterra de la posguerra.

Antes de irse, el comandante Smythe mostró a Mary los lingotes de oro, de los que había eliminado las marcas del Reichsbank.

—He sido muy listo, querida —dijo—. No me fío de la libra hoy en día, así que he vendido todos mis valores y he cambiado el dinero por oro. Si he obrado bien, habrá unas veinte mil libras en estos lingotes, lo que debería bastarnos para llevar una vida holgada. Sólo tenemos que cortar un pedacito de vez en cuando y venderlo.

Mary Parnell no estaba familiarizada con las complejidades de las leyes de cambio. Se arrodilló y acarició cariñosamente los brillantes lingotes. Después se levantó, echó los brazos al cuello del comandante Smythe y lo besó.

—¡Eres un hombre maravilloso! ¡Maravilloso! —dijo casi llorando—. Terriblemente inteligente, atractivo y valiente y, además, ahora resulta que también eres rico. Soy la muchacha más afortunada del mundo.

—Sea como sea, somos ricos —dijo el comandante Smythe—. Pero prométeme que no dirás una palabra a nadie, o tendremos a todos los ladrones de Jamaica rodeándonos. ¿Me lo prometes?

—Lo prometo.

El Club Prince, en las colinas que rodeaban Kingston, era realmente un paraíso. Miembros agradables, criados maravillosos, comida ilimitada y bebida barata; todo ello reunido en el maravilloso escenario del trópico, desconocido para ambos hasta entonces. Era una pareja muy popular y el historial de guerra del comandante Smythe les facilitó el acceso a la vida social de la Casa del gobernador, después de lo cual su vida se convirtió en una serie interminable de fiestas, con tenis para Mary y golf (¡con los palos Henry Cotton!) para el comandante Smythe. Por las noches, había bridge para ella y póquer fuerte para él. Sí, desde luego era un paraíso, mientras en su país la gente comía carne enlatada, trapicheaba en el mercado negro, maldecía al gobierno y sufría el peor invierno en treinta años.

Los Smythe cubrieron los primeros gastos juntandos sus ahorros, hinchados por las ayudas de guerra. El comandante Smythe pasó un año entero husmeando por todas partes antes de decidirse a hacer negocios con los señores Foo, importadores y

exportadores. Los hermanos Foo, muy respetados y ricos, eran la junta de gobierno reconocida de la floreciente comunidad china en Jamaica. Algunas de sus transacciones comerciales eran tan sinuosas como pedía la tradición china, pero, por lo que pudo confirmar el comandante Smythe con sus meticulosas pesquisas, eran extremadamente fiables.

El acuerdo de Bretton Woods había sido ratificado. Dicho acuerdo fijaba un precio controlado del oro en el mundo, pero todos sabían ya que en Tánger y en Macao —dos puertos libres que habían escapado a la red de Bretton Woods por distintas razones— se podía obtener un precio de, al menos, cien dólares por onza de oro de una pureza del noventa y nueve por ciento, muy distinto a los treinta y cinco dólares por onza, establecido oficialmente. Así que, de manera muy conveniente, los Foo habían vuelto a comerciar con el renaciente Hong Kong, que, junto con el vecino Macao, se habían convertido en el almacén del contrabando de oro.

Todo este montaje era, en palabras del comandante Smythe, muy satisfactorio. Sostuvo una reunión su-mamente agradable con los hermanos Foo, quienes no le hicieron ninguna pregunta hasta el momento de examinar los lingotes y comprobar la ausencia de marcas, lo que los obligó a preguntar, con cortesía, por la procedencia del oro.

—Verá usted, comandante —dijo el mayor y más reposado de los hermanos delante de un gran escritorio de caoba vacío—. En el mercado de los lingotes, las marcas de todos los bancos nacionales respetables y marchantes responsables se aceptan sin preguntas. Estas marcas garantizan la pureza del oro. Obviamente, hay otros bancos y marchantes cuyos métodos de refinamiento —su bondadosa sonrisa se ensanchó imperceptiblemente— no son, digamos, tan cuidadosos.

—¿Se refiere al viejo timo del lingote de oro? —inquirió el comandante Smythe con un deje de ansiedad—. ¿Un pedazo de plomo chapado de oro?

Ambos hermanos rieron de manera tranquilizadora.

—No, no, comandante. Nada de eso. Sin embargo —sus sonrisas se mantuvieron invariables—, si no puede recordar el origen de estos magníficos lingotes, no tendrá objeción en que llevemos a cabo un aquilatamiento. Existen métodos para determinar la pureza exacta de lingotes como éstos. Mi hermano y yo somos expertos en estos métodos. ¿No le importa dejárnoslos y volver, quizá, después de comer?

No había alternativa posible. El comandante Smythe no tenía más remedio que fiarse totalmente de los Foo. Podían inventarse cualquier cifra y él tendría que aceptarla. Fue al Myrtle Bank y pidió un par de tragos fuertes con un bocadillo, que se le quedó atragantado. Después regresó a la fresca oficina de los Foo.

El escenario era el mismo: los dos sonrientes hermanos, los dos lingotes de oro, el maletín y, ahora, una hoja de papel y una Parker de oro delante del hermano mayor.

—Hemos solucionado el problema de sus magníficos lingotes —«¡Estupendo!

¡Gracias a Dios!», pensó el comandante Smythe— y estamos seguros de que querrá conocer cuál es su hipotética historia.

—Claro, claro —dijo el comandante Smythe, dando muestras de entusiasmo.

—Son lingotes alemanes, comandante. Probablemente del Reichsbank de la época de la guerra. Lo hemos deducido porque contienen un diez por ciento de plomo. Bajo el régimen de Hitler, el Reichsbank tenía la estúpida costumbre de adulterar el oro de esta forma, lo que, al conocerse rápidamente, provocó, en consecuencia, la bajada del precio del lingote de oro alemán, por ejemplo en Suiza, adonde muchos fueron a parar. Así que el único resultado de la estupidez alemana fue que el banco nacional de Alemania perdiera su reputación de honradez en los negocios que se había ganado durante siglos. —La sonrisa del chino no se alteró.— Muy mal negocio, comandante. Muy estúpido.

El comandante Smythe se maravilló ante la omnisciencia de aquellos dos hombres, tan alejados de los grandes canales comerciales del mundo, pero también la maldijo. Y ahora ¿qué?

—Eso es muy interesante, señor Foo —dijo—. Pero para mí no son buenas noticias. ¿Quieren decir que estos lingotes no son una «mercancía segura», o como quiera que la llamen, en el mercado del oro?

El mayor de los Foo hizo un leve gesto de rechazo con la mano derecha.

—No tiene importancia, comandante, o mejor dicho, tiene muy poca importancia. Venderemos su oro por su valor real, digamos, un ochenta y nueve por ciento de pureza. El comprador final podrá refinado o no. Eso no es asunto nuestro. Nosotros habremos vendido un producto fiable.

—Pero a un precio más bajo.

—Así es, comandante. Pero creo que también puedo darle buenas noticias. ¿Ha calculado usted el valor de estos dos lingotes?

Había pensado que valían unas veinte mil libras.

El mayor de los Foo rió secamente.

—Creo que, si lo vendemos con prudencia y poco a poco, obtendrá más de cien mil dólares, comandante, descontando, claro está, nuestra comisión, que incluirá los gastos de transporte e imprevistos.

—¿Y cuánto es eso?

—Pensábamos en un diez por ciento, comandante. Si le parece bien.

El comandante Smythe tenía la idea de que los tratantes de oro cobraban un porcentaje del uno por ciento, pero ¡qué diablos!... Desde la hora de comer había ganado ya unas diez mil libras. Asintió con un «Hecho», se levantó y les ofreció la mano por encima del escritorio.

A partir de ese momento, cada tres meses, visitaría la oficina de los Foo, llevando su maletín vacío. Allí encontraría, encima del gran escritorio, quinientas libras nuevas

jamaicanas en bonitos fajos, los dos lingotes de oro, que iban disminuyendo centímetro a centímetro, y una hoja mecanografiada con la cantidad vendida y el precio obtenido en Macao. Todo era muy sencillo y amistoso y, también, muy profesional. El comandante Smythe no creía estar sometido a ningún otro tipo de reducción que no fuera el diez por ciento, previa y debidamente acordado. Con dos mil libras netas al año tenía bastante, y su única preocupación era que Hacienda fuera detrás de él a preguntarle de qué vivía. Mencionó esta posibilidad a los Foo, quienes le dijeron que no se preocupara, y en los dos semestres siguientes dejaron sobre la mesa cuatrocientas libras en vez de las quinientas, sin ningún comentario por parte de nadie. La nueva «reducción» se había repartido en el lugar adecuado.

Así que los días perezosos y soleados continuaron pasando y se convirtieron en años. Los Smythe engordaron. El comandante tuvo su primera trombosis coronaria y recibió instrucciones del médico de reducir el consumo de alcohol y cigarrillos y de tomarse la vida con más calma. También debía evitar las grasas y los fritos. Al principio, Mary Smythe intentó tratarlo con firmeza, pero después, cuando él empezó a beber a escondidas y a llevar una vida de pequeñas mentiras y evasivas, resolvió dar marcha atrás en el intento de controlar los excesos de su marido. Pero ya era demasiado tarde. Mary se había convertido en el símbolo del guardián para el comandante Smythe, quien empezó a evitarla. Ella lo acusó de no quererla ya y, cuando las discusiones fueron demasiado para Mary, se convirtió en una adicta a los somníferos. Un día, después de una acalorada discusión de borrachos, se tomó una sobredosis «sólo para que él se enterara».

Fue una sobredosis demasiado generosa y la mató. Se echó tierra al asunto del suicidio, aunque fue una mancha negra en la historia del comandante Smythe. Este regresó a North Shore, que, a pesar de estar sólo a unos cinco kilómetros de la capital, al otro lado de la isla, es un mundo totalmente diferente, incluso en una sociedad tan pequeña como la de Jamaica. Después de su segunda trombosis se instaló en «Pequeña Ola», donde intentaba suicidarse por medio de la bebida. Fue entonces cuando apareció en escena ese tal Bond con el ofrecimiento de una muerte alternativa y garantizada en el bolsillo.

El comandante Smythe miró el reloj. Pasaban unos minutos de las doce. Se levantó, se sirvió otro coñac con ginger-ale bien cargado y salió al jardín. James Bond estaba sentado bajo los almendros mirando el mar y no levantó la vista cuando el comandante Smythe cogió otra silla de jardín y dejó la bebida a su lado en el suelo.

—Sí, era más o menos tal como lo imaginaba —dijo Bond fríamente cuando el comandante Smythe terminó de contar su historia.

—¿Quiere que lo ponga por escrito y la firme?

—Si usted quiere..., pero no hace falta. Eso le corresponde al consejo de guerra.

Sus antiguos compañeros se encargarán del caso. Yo no tengo nada que ver con los aspectos legales; escribiré un informe para mi servicio sobre lo que usted me ha contado y ellos lo entregarán a los Royal Marines. Supongo que después pasará al fiscal del Estado vía Scotland Yard.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Por supuesto.

—¿Cómo lo averiguaron?

—Era un glaciar pequeño. El cuerpo de Oberhauser salió este año a la superficie, al fundirse la nieve de primavera. Unos montañeros lo encontraron. Todo estaba intacto. Su familia lo identificó. Después sólo fue cuestión de reconstruir la historia y las balas fueron cruciales.

—¿Y cómo se mezcló usted en este asunto?

—El MOB era responsabilidad de mi... llamémosle servicio. Los papeles llegaron a nuestras manos y los vi por casualidad. Como tenía tiempo disponible, pedí que me asignaran el caso de atrapar al hombre que lo había hecho.

—¿Por qué?

James Bond miró al comandante Smythe directamente a los ojos.

—Resulta que Oberhauser era amigo mío. Me enseñó a esquiar antes de la guerra, cuando yo era un adolescente. Era un hombre estupendo y fue una especie de padre en la época en que lo necesitaba.

—Ya veo. —El comandante Smythe desvió la mirada.— Lo siento.

—Bueno, me vuelvo a Kingston. —James Bond se levantó y le tendió la mano.— No, no se moleste. Volveré solo al coche. —Miró al otro hombre y, bruscamente, casi con dureza (quizá para disminuir lo embarazoso de la situación, pensó el comandante Smythe), añadió—: Todavía tardarán una semana en enviar a alguien para que se haga cargo de su vuelta a casa.

Después se alejó, cruzando el jardín y la casa. El comandante Smythe oyó el zumbido metálico del arranque automático y el rumor de la gravilla del descuidado sendero.

Mientras buscaba a su presa en el arrecife, el comandante Smythe meditaba sobre el significado exacto de las últimas palabras de James Bond. Bajo sus gafas Pirelli, los labios dejaron al descubierto los manchados dientes, en una mueca de tristeza. Era evidente. Se trataba de una nueva versión del viejo número sensiblero de dejar al oficial culpable solo con su revólver. Si ese Bond hubiera querido, podría haber llamado a la Casa del gobernador y pedir que le enviaran un oficial del Regimiento de Jamaica para ponerlo bajo arresto. En cierta manera, era muy generoso por su parte. ¿O no lo era? Un suicidio era una solución mucho más limpia, ahorra una gran cantidad de papeleo y de dinero de los contribuyentes. ¿Debía hacerle el favor a Bond

y actuar limpiamente? ¿Reunirse con Mary en donde sea que vayan los suicidas? ¿O seguir adelante y pasar por la indignidad, las fastidiosas formalidades, los titulares, el aburrimiento y la tristeza de una sentencia a cadena perpetua que acabaría, sin lugar a dudas, con su tercera trombosis? ¿O debía defenderse: alegar que eran tiempos de guerra, una lucha con Oberhauser en el Pico del Oro, un prisionero que trataba de escapar, un Oberhauser conocedor del escondrijo del oro, la tentación natural de Smythe de huir con los lingotes, él, un pobre oficial de los comandos que se encontró súbitamente con una fortuna?

¿Debía someterse con dramatismo a la compasión del tribunal? El comandante Smythe se imaginó rápidamente a sí mismo en el banquillo, una figura espléndida y erguida, cubierto de medallas y vestido con el espléndido uniforme de gala azul y grana, la vestimenta tradicional en los consejos de guerra. (¿Habrían podido las polillas entrar en la caja que guardaba en la habitación de invitados de «Pequeña Ola»?). Luna tendría que echarle un vistazo; si el tiempo lo permitía, un día al sol y un buen cepillado. Con la ayuda de su faja, seguramente podría meter los cien centímetros de su perímetro actual en los pantalones de ochenta y cinco centímetros de cintura que Gieves le había hecho hacía veinte o treinta años.

Allí, en la sala del consejo, en Chatham probablemente, el abogado defensor, un tipo de fiar y con un rango mínimo de coronel en deferencia a su propio rango superior, defendería su causa. Y siempre existía la posibilidad de apelar a una instancia superior. ¡Vaya! Su caso podía convertirse en una cause célebre. Vendería su historia a los periódicos, escribiría un libro... El comandante Smythe sintió cómo le invadía el entusiasmo. «¡Cuidado, muchacho! ¡Cuidado! ¡Recuerda lo que ha dicho aquel pájaro!» Puso los pies en el suelo y descansó en medio de las ondulantes olas de la corriente del noreste, que mantenían el agua de North Shore deliciosamente fresca hasta la llegada de los meses tórridos con la temporada de huracanes: agosto, septiembre y octubre.

Después de un par de ginebras, una comida frugal y una siesta bien empapada de alcohol, pensaría más atentamente en ello. También tenía el cóctel de los Arundel y la cena en el Club Shaw Park Beach con los Marchesi. Más tarde, una partida de buen bridge y a casa a dormir gracias al Seconal. Animado por la perspectiva de su rutina familiar, la oscura sombra de

Bond pasó a segundo plano. «Y bien, pececito, ¿dónde estás? ¡Mi pulpo está esperando su almuerzo!» El comandante Smythe inclinó la cabeza y, con la mente felizmente ocupada y ojos inquisidores, continuó buceando lentamente a lo largo del estrecho valle entre las formaciones de coral que se extendían hacia el arrecife bordeado de blanco.

Casi enseguida vio las dos antenas puntiagudas de una langosta, o más bien de su prima la langosta antillana, que se inclinaban inquisitivamente hacia él, hacia la

turbulencia que él creaba, desde una profunda grieta bajo una roca. Dado el grosor de las antenas, debía de ser un buen ejemplar, de kilo y medio o dos. En circunstancias normales, el comandante Smythe habría puesto los pies en el suelo y habría agitado delicadamente la arena delante de la guarida de la langosta para hacerla salir un poco más, por ser una especie curiosa. Pero hoy sólo tenía una presa en la cabeza, una forma en la que concentrarse: la silueta crestuda e irregular de un pez escorpión. Diez minutos más tarde, vio una protuberancia de algas en una roca sobre la arena blanca que en realidad no parecía tal cosa. Puso los pies en el suelo con suavidad y observó cómo las espinas dorsales del pez se erguían. Era un ejemplar de buen tamaño, quizá pesaba unos trescientos gramos. Preparó su arpón de tres puntas y avanzó poco a poco. Los rojos y coléricos ojos, bien abiertos, lo observaban. Tendría que hacerlo en una sola y rápida arremetida, desde un ángulo lo más vertical posible porque, de lo contrario —y lo sabía por experiencia—, sus afilados y agudos pinchos saldrían sin duda disparados de su endurecida cabeza. Levantó los pies del suelo y avanzó muy lentamente, usando la mano libre como aleta. ¡Ahora! Arremetió hacia abajo. Pero el pez escorpión había sentido las leves ondulaciones del arpón al acercarse. Se levantó una nube de arena e inició una huida en vertical, zumbando casi como un pájaro, bajo el estómago del comandante Smythe.

Éste soltó una palabrota y dio media vuelta en el agua. Sí, había hecho lo que esos bichos acostumbran a hacer a menudo: buscar refugio en la roca más próxima cubierta de algas para confundirse allí, confiando en su excelente camuflaje. El comandante Smythe sólo tenía que nadar unos metros más, volver a atacar, esta vez con más puntería, para que finalmente fuera suyo y lo hiciera retorcerse y agitarse en la punta del arpón.

La excitación y el pequeño esfuerzo realizado hicieron jadear al comandante Smythe, que reconoció cómo el viejo dolor en el pecho crecía y lo invadía. Puso los pies en el suelo y, después de atravesar al pez de parte a parte con su arpón, lo levantó mientras éste se agitaba con desesperación fuera del agua. Después, y con lentitud, fue andando por la laguna hasta salir a la arena de la playa y alcanzar el banco de madera, bajo una parra. Soltó el arpón con la desesperada presa en la arena, a su lado, y se sentó para descansar.

Fue cinco minutos más tarde cuando el comandante Smythe notó un entumecimiento peculiar más o menos en la zona del plexo solar. Bajó la vista despreocupadamente y notó cómo todo su cuerpo se agarrotaba a causa del terror y la incredulidad. Una zona de la piel, del tamaño aproximado de una pelota de criquet, se le había puesto blanca a pesar del bronceado y, en medio, tenía la huella de tres pinchazos cubiertos por unas gotitas de sangre. El comandante Smythe se limpió la sangre con un gesto automático. Los agujeros presentaban el tamaño de los pinchazos de un alfiler, pero el comandante Smythe recordó el ascenso vertical del pez

escorpión y exclamó:

—¡Me has pillado, cabrón! ¡Vaya si me has pillado!

Se quedó sentado muy quieto, mirándose el cuerpo, mientras recordaba lo que decía el libro americano *Animales marinos peligrosos* —que había tomado prestado del instituto y que nunca había devuelto— sobre las picaduras del pez escorpión. Tocó la zona blanquecina que rodeaba la picadura con delicadeza y, después, le dio unos golpecitos. Sí, la piel estaba totalmente insensibilizada y empezó a notar unos latidos de dolor por debajo de ella. Pronto el dolor sería punzante y, más tarde, se extendería por todo el cuerpo, siendo tan agudo que lo derrumbaría sobre la arena, gritando y pataleando para librarse de él. Vomitaría y echaría espuma por la boca y, después, el delirio y las convulsiones se apoderarían de él hasta perder el conocimiento. A lo que le seguiría, inevitablemente, un paro cardíaco y la muerte. Según el libro, el proceso se completaría en quince minutos. Era todo lo que le quedaba de vida, ¡un cuarto de hora de espantosa agonía! Evidentemente, si su débil corazón podía soportarlos, existían remedios: la procaína, antibióticos y antihistamínicos, pero tenían que estar al alcance de la mano, e incluso aunque pudiera subir las escaleras y suponiendo que Jimmy Greaves dispusiera de estos fármacos modernos, el médico tardaría en llegar a «Pequeña Ola» más de una hora.

La primera punzada de dolor se clavó en el cuerpo del comandante Smythe y le hizo doblarse por la mitad. Después llegó otra y luego otra, que se extendieron por su estómago y sus extremidades. Empezó a notar un gusto seco y metálico en la boca y escozor en los labios. Lanzó un gemido y derribó el banco sobre la arena. Una sacudida en la arena, junto a su cabeza, le recordó la existencia del pez escorpión. Los espasmos de dolor le dieron una tregua y todo su cuerpo empezó a arder como si estuviera en llamas aunque, bajo la agonía, su mente se despejó. ¡Pues claro! ¡El experimento! ¡De algún modo, de algún modo debía llegar hasta Octopussy y darle su comida!

«Oh, Pussy, ésta será la última comida que podré darte.»

El comandante Smythe masculló la frase para sus adentros mientras, avanzando a gatas, buscaba sus gafas y se las ponía de cualquier manera. Seguidamente cogió su arpón, coronado todavía por el pez agonizante, y, sujetándose el estómago con la mano libre, se dirigió a rastras por la arena hasta meterse en el agua.

Había unos cuarenta metros de aguas poco profundas hasta llegar a la guarida del pulpo, situada en un recoveco del coral. El comandante Smythe hizo todo el recorrido gritando de dolor bajo las gafas, pero, de algún modo, casi siempre de rodillas, conseguía avanzar. Mientras recorría los últimos metros y la profundidad del agua crecía, tuvo que levantarse, pero el dolor lo hizo tambalearse, como si fuera una marioneta manejada por invisibles hilos. Al fin llegó a su destino y, con una fuerza de voluntad suprema, se esforzó en mantenerse firme, mientras inclinaba la cabeza para

que el agua entrara en las gafas y limpiara el cristal, empañado por sus gritos. A continuación, con la sangre manando de su labio inferior a causa de la fuerza con que se lo había mordido, se inclinó lentamente para investigar el interior de la casa de Octopussy. ¡Sí! La masa marrón todavía estaba allí. Se agitaba nerviosa. ¿Por qué? El comandante Smythe vio los oscuros hilos de su propia sangre serpenteando lentamente a través del agua. ¡Claro! El bichito la saboreaba. Un espasmo de dolor golpeó al comandante Smythe y lo hizo bambolearse. Se oyó a sí mismo farfullando incoherentemente. «¡Cálmate, Dexter, muchacho! ¡Tienes que dar a Pussy su almuerzo!» Dejó de temblar y, con el arpón agarrado por el extremo del asta, acercó el pez al agujero.

¿Mordería Pussy el anzuelo, aquel anzuelo envenenado que estaba matando al comandante Smythe, pero al que era posible que un pulpo fuera inmune? ¡Ojalá Bengry hubiera estado allí para verlo todo! Tres tentáculos se asomaron expectantes desde el agujero y se agitaron alrededor del pez escorpión. Una neblina gris cubrió los ojos del comandante Smythe. Se dio cuenta de que iba a perder el conocimiento y sacudió débilmente la cabeza para despejarse. ¡De repente, los tentáculos se lanzaron sobre su objetivo! Pero no era el pez, era el brazo y la mano del comandante Smythe. Su boca crispada esbozó una sonrisa de satisfacción. ¡Pussy y él se habían estrechado la mano! ¡Era fantástico! ¡Realmente estupendo!

Sin embargo, el pulpo, tranquila e implacablemente, tiró hacia abajo y una terrible certidumbre se apoderó del comandante Smythe. Hizo acopio de las pocas fuerzas que le quedaban y hundió el arpón. Lo único que consiguió fue acercar el pez escorpión al pulpo y poner a su disposición un trozo más de brazo. Los tentáculos le serpentearon por el brazo, tirando de él con saña. El comandante Smythe intentó quitarse las gafas demasiado tarde. Un grito apagado por el cristal vibró en la bahía desierta y su cabeza se hundió en el agua, provocando una explosión de burbujas en la superficie. Sus piernas salieron del agua y las pequeñas olas le bañaron el cuerpo con un movimiento de vaivén, mientras el pulpo exploraba la mano derecha con su orificio bucal y daba un primer mordisco de exploración a un dedo con su mandíbula en forma de pico.

Dos jóvenes jamaicanos encontraron el cuerpo cuando buscaban peces aguja con una canoa. Clavaron el arpón del comandante Smythe en el cuerpo del pulpo y lo mataron a la manera tradicional, dándole la vuelta como un calcetín y arrancándole la cabeza, para después llevar a tierra los tres cuerpos. Entregaron el cuerpo del comandante Smythe a la policía y se comieron el pez escorpión y el «gato marino» para cenar. El corresponsal local del Daily Gleaner informó de que un pulpo había matado al comandante Smythe, pero el periódico lo tradujo en «se ahogó» para no asustar a los turistas.

Más adelante, en Londres, James Bond, aunque en su fuero interno diagnosticó «suicidio», escribió el mismo veredicto: «se ahogó», junto con la fecha, en la última página, y cerró el abultado expediente.

Sólo a partir de las notas del doctor Greaves, realizador de la autopsia, fue posible reconstruir una especie de epílogo al extraño y patético final del otrora valioso oficial del Servicio Secreto.

Propiedad de una dama^[8]

Era un día de principios de junio excepcionalmente caluroso. James Bond dejó el lápiz gris oscuro, el que se usaba en los expedientes dirigidos a la Sección Doble 0, y se quitó la chaqueta. No se preocupó siquiera en colocarla en el respaldo de la silla ni mucho menos se tomó la molestia de levantarse para colgarla en la percha que Mary Goodnight había puesto, por propia iniciativa («¡Malditas mujeres!», detrás de la puerta verde de la Oficina de Operaciones con la que comunicaba su despacho. Tiró simplemente la chaqueta al suelo. No existía ninguna razón para mantenerla inmaculada con los pliegues impecables. No había la menor señal de trabajo por hacer. En todo el mundo reinaba la calma. Hacía ya semanas que las etiquetas de «Entrada» y «Salida» eran pura rutina. Los secretos diarios SITREP^[9], incluso los periódicos, bostezaban de aburrimiento; estos últimos, por su parte, publicaban, para sus lectores, en los escándalos locales, las malas noticias, la única clase de noticias que hacen legibles páginas como éstas, ya sean ultrasecretas o estén en venta por unas cuantas monedas.

Bond odiaba estos períodos de inopia. Sus ojos y su mente apenas prestaban atención a las sucesivas páginas de una disertación mortalmente aburrida de la Sección de Investigaciones Científicas que trataba del uso que hacían los rusos del gas cianuro para matar, con la ayuda de la pistola de agua infantil más barata, de las que se accionan con una pera. Según parecía, el gas tenía un efecto inmediato, si se dirigía directamente a la cara. Estaba recomendado para mayores de veinticinco años en situación de subir escaleras o cuestas. El veredicto sería muy probablemente paro cardíaco.

El estridente timbrado del teléfono rojo invadió la habitación con tal brusquedad que James Bond, desatento, se llevó automáticamente la mano bajo el brazo izquierdo en un gesto de autodefensa. Las comisuras de sus labios esbozaron una mueca de disgusto cuando reconoció el acto reflejo. Al segundo timbrado, cogió el auricular.

—¿Señor?

—Señor.

Se levantó de la silla, recogió su chaqueta y, mientras se la ponía, centró sus pensamientos. Había estado dormitando en su cubil y ahora tenía que ponerse en marcha. Atravesó el despacho contiguo y se resistió al impulso de despeinar la tentadora y dorada nuca de Mary Goodnight.

Sólo le dijo «M», salió al pasillo enmoquetado y caminó entre los murmullos y zumbidos apagados de la Sección de Comunicaciones, vecina a la suya, hasta el ascensor que lo subiría a la octava planta.

La expresión de la señorita Money Penny no revelaba nada. Normalmente manifestaba algo si lo sabía: íntimo regocijo, curiosidad, o, si Bond tenía problemas,

aliento o incluso enfado. En ese momento, su sonrisa de bienvenida mostraba indiferencia. Bond supuso que se trataba de algún tipo de trabajo rutinario, un fastidio, e hizo su entrada por aquella fatídica puerta con tal idea en su mente.

Había un visitante, un extraño, sentado a la izquierda de M, quien miró brevemente a Bond cuando entró y se sentó en su lugar habitual, al otro lado del escritorio de piel roja.

—Doctor Fanshawe, creo que no conoce al comandante Bond, de mi Departamento de Investigación —dijo M con sequedad.

Bond estaba acostumbrado a estos eufemismos.

Se levantó y le tendió la mano. El doctor Fanshawe se incorporó, estrechó levemente la mano de Bond y se sentó con rapidez, como si hubiera tocado la garra de un caimán.

Los ojos de aquel hombre debían de estar equipados con un obturador de una milésima de segundo, como el de una cámara fotográfica, porque apenas miró a Bond, como si lo considerara una mera figura anatómica. Así que se trataba evidentemente de un experto, un hombre cuyo interés se centraba en hechos, objetos y teorías, y no en seres humanos. Bond deseó que M lo hubiera puesto en antecedentes, que no tuviera ese deseo malévolamente y juguetón, casi infantil, de sorprender, de abrir la caja de sorpresas delante de su personal. Sin embargo, al recordar su aburrimiento de diez minutos antes, se puso en el lugar de M e intuyó claramente que el propio M se había visto sometido al mismo calor de junio, a la misma inopia laboral agobiante y que, con la perspectiva de un respiro inesperado gracias a una emergencia, aunque fuera una pequeña, había decidido sacarle el máximo provecho, el máximo de teatralidad, para aliviar su propio aburrimiento.

El visitante era de mediana edad, sonrosado, bien alimentado y vestía de manera bastante afectada, a la moda neoeduardiana: un abrigo azul oscuro con cuatro botones, puños vueltos, una corbata de seda gruesa con un alfiler de perlas, cuello rígido e inmaculado, gemelos en forma de monedas antiguas y quevedos sujetos por una cinta negra y gruesa. Bond creyó que era un literato, un crítico quizás, soltero, probablemente con tendencias homosexuales.

—El doctor Fanshawe es una autoridad reconocida en joyería antigua —dijo M—. Aunque es confidencial, también es asesor de las Aduanas de Su Majestad y del Departamento de Investigación Criminal en estos temas. De hecho, nuestros amigos del MI5 nos lo han remitido en relación con nuestra señorita Freudenstein.

Bond arqueó las cejas. María Freudenstein era una agente secreta al servicio de la KGB soviética en el corazón del Servicio Secreto. Trabajaba en el Departamento de Comunicaciones, en un compartimiento estanco diseñado especialmente para ella, y su trabajo se limitaba a manejar el Código Púrpura: un código que también se había creado especialmente para ella. Seis veces al día, se encargaba de cifrar y enviar con

este código larguísimos SITREPS a la CIA, en Washington. Los mensajes eran producto de la Sección 100, la encargada de los agentes dobles, y eran una mezcla ingeniosa de hechos reales, revelaciones inofensivas y, ocasionalmente, unas gotitas de una gran desinformación. A Maria Freudenstein, ya conocida como una agente soviética cuando entró en el Servicio, le habían permitido robar la clave del Código Púrpura con la intención de que los rusos tuvieran acceso total a estos SITREPS, para poder interceptarlos y descifrarlos, y así, cuando fuera necesario, suministrarles información falsa. Era una operación altamente secreta que debía llevarse con extrema prudencia, pero que, desde hacía tres años, funcionaba perfectamente, y aunque Maria Freudenstein se enteraba así de algunos de los rumores que corrían por el Cuartel General, era un riesgo necesario. Además, no era lo bastante atractiva como para entablar relaciones que pusieran en peligro la seguridad.

M se dirigió al doctor Fanshawe.

—Doctor, ¿quiere usted explicar todo el asunto al comandante Bond?

—Claro, claro. —El Dr. Fanshawe dirigió una mirada rápida a Bond y después la apartó como si hablara con sus botas.— Verá, la cosa es así, comandante. Sin duda habrá usted oído hablar de un hombre llamado Fabergé. Un famoso joyero ruso.

—Confeccionó los fabulosos huevos de Pascua para el zar y la zarina antes de la revolución.

—Era, indudablemente, una de sus especialidades. También creó muchas otras piezas exquisitas que podríamos definir, de manera general, como joyas únicas. Hoy en día, en las salas de subasta, las mejores piezas alcanzan precios realmente fabulosos: 50.000 libras o más. Recientemente, ha entrado en el país la pieza más extraordinaria de todas: la llamada «Esfera

Esmeralda», una soberbia obra de arte conocida hasta ahora sólo a través de un dibujo realizado por el propio gran artista. Este tesoro llegó, por correo certificado desde París, dirigido a la mujer que ustedes conocen, la señorita María Freudenstein.

—Un bonito regalo. ¿Puedo preguntarle cómo se enteró, doctor?

—Tal como le ha dicho su jefe, soy asesor de Aduanas y Aranceles de Su Majestad en las cuestiones relacionadas con joyas antiguas y similares obras de arte. El valor declarado del paquete era de 100.000 libras; un precio inusual. Existen métodos para abrir paquetes como ése sin que se note. El paquete fue abierto, naturalmente, bajo una orden del Ministerio del Interior, y me llamaron para examinar su contenido y tasarlo. Reconocí inmediatamente la «Esfera Esmeralda» gracias a la descripción y al dibujo que aparece en el libro definitivo del señor Kenneth Snowman sobre Fabergé. Manifesté que el precio declarado podía ser más bien bajo. Sin embargo, lo que me llamó particularmente la atención fue el documento adjunto, en ruso y francés, que describía la procedencia de este objeto de incalculable valor.

Con un leve gesto, el doctor Fanshawe señaló un fotostato, que M tenía encima del escritorio, de lo que parecía ser un sencillo árbol genealógico.

—Esta es la copia que hice —prosiguió—. En pocas palabras, afirma que el abuelo de la señorita Freudenstein le encargó directamente a Fabergé que hiciera la «Esfera» en 1917; sin duda para transformar parte de sus rublos en algo manejable y de gran valor. A su muerte en 1918, pasó a su hermano y, más tarde, en 1950, a la madre de la señorita Freudenstein.

Parece que ésta abandonó Rusia cuando era niña y creció en los círculos de rusos blancos emigrados en París. Nunca se casó, pero tuvo una hija ilegítima, Maria. Según parece, murió el año pasado y algún amigo suyo o albacea (el papel no está firmado) ha enviado la «Esfera» a su legítima propietaria, la señorita Maria Freudenstein. Yo no tenía motivo alguno para dudar de esta mujer, aunque, como pueden imaginar, despertó un vivo interés en mí. El mes pasado, Sotheby's anunció la subasta de la pieza, descrita como «propiedad de una dama», para dentro de una semana a partir de hoy. En nombre del Museo Británico, y... de otras partes interesadas, hice algunas discretas averiguaciones y conocí a la dama, que confirmó inmutable la más que improbable historia de su procedencia. Fue entonces cuando me enteré de que trabajaba en el Ministerio de Defensa y pensé suspicazmente que era extraño, por no decir otra cosa, que un funcionario subalterno, presumiblemente encargado de tareas delicadas, recibiera tan de improviso un regalo con un valor de 100.000 libras o más del extranjero. Hablé con un alto funcionario del M15 con quien tengo contacto por mi trabajo para las Aduanas de Su Majestad y me remitió a este... departamento.

El Dr. Fanshawe extendió las manos y dirigió una breve mirada a Bond.

—Esto, comandante —concluyó—, es todo lo que puedo decirle.

—Gracias, doctor —intervino M—. Una o dos preguntas para terminar y no le retendré más. ¿Ha examinado usted esa bola de esmeraldas y dictaminado que es auténtica?

El doctor Fanshawe dejó de mirarse las botas. Alzó la mirada y la dirigió a algún punto situado encima del hombro izquierdo de M.

—Desde luego —respondió—. Así lo ha hecho también el señor Snowman, de Wartski's, los mayores expertos y marchantes de Fabergé del mundo. Sin duda se trata de la obra maestra perdida de la que sólo se tenían noticias hasta ahora a través del dibujo de Fabergé.

—¿Qué me dice de su procedencia? ¿Qué dicen los expertos?

—Es convincente. Las mejores piezas de Fabergé fueron en su mayoría encargos privados. La señorita Freudenstein dice que su abuelo era un hombre inmensamente rico antes de la revolución: un fabricante de porcelanas. El noventa y nueve por ciento de toda la producción de Fabergé salió del país. Sólo quedan algunas pocas

piezas en el Kremlin, descritas simplemente como «ejemplos de la joyería rusa prerrevolucionaria». El punto de vista oficial soviético siempre las ha considerado baratijas capitalistas. Oficialmente, las desprecian de igual modo que desprecian su magnífica colección de impresionistas franceses.

—Así que los soviéticos todavía tienen en su poder algunas piezas creadas por Fabergé. ¿Es posible que esta joya hubiera permanecido escondida en el Kremlin durante todos estos años?

—Desde luego. El tesoro del Kremlin es inmenso. Nadie sabe qué mantiene oculto. Sólo recientemente han mostrado lo que han querido.

M dio una calada a su pipa. A través del humo sus ojos aparecían inexpresivos, casi indiferentes.

—Así que, en teoría, ¿no hay ninguna razón por la cual la bola de esmeraldas no haya sido desenterrada de su rincón del Kremlin y, bien disfrazada con una historia falsa para determinar su propiedad, enviada al extranjero como recompensa para algún amigo de Rusia por los servicios prestados?

—Ninguna en absoluto. Sería un método ingenioso de recompensar a su beneficiario o beneficiada con seguridad sin correr el riesgo de ingresar grandes sumas de dinero en su cuenta corriente.

—Pero la recompensa final en dinero dependería, por supuesto, de la cantidad que se obtuviera de la venta del objeto, el precio de subasta, por ejemplo.

—Exactamente.

—¿Y qué precio cree usted que puede conseguirse en Sotheby's?

—Es imposible decirlo. Wartski's sin duda pujará muy alto, pero, desde luego, no estarán dispuestos a contar a nadie hasta cuánto subirán, ya sea para ellos, por así decirlo, o para un cliente suyo. En gran parte, la suma a pujar dependerá de si surge otro postor. Sea como fuere, yo diría que no menos de 100.000 libras.

—Mmm... —La boca de M esbozó una mueca de disgusto.— Un pedazo de joya bastante caro.

El doctor Fanshawe se quedó horrorizado ante la descarada muestra de incultura de M. Esta vez lo miró directamente a los ojos.

—Señor mío —exclamó—, ¿considera usted el Goya robado, vendido en Sotheby's por 140.000 libras, y destinado finalmente a la National Gallery, sólo como un pedazo, según sus palabras, de lienzo y pintura?

—Perdóneme, doctor Fanshawe —dijo M en tono apaciguador—. Me he expresado muy mal. Con mi sueldo de oficial de la Armada, nunca he tenido suficiente tiempo como para dedicarlo a las obras de arte, ni tampoco dinero para comprar una. Sólo pretendía expresar mi sorpresa ante los exorbitantes precios que se alcanzan hoy en día en las subastas.

—Tiene usted todo el derecho a tener sus opiniones, señor —dijo el doctor

Fanshawe en tono reprobatorio.

Bond pensó que era el momento de rescatar a M y se levantó. Él también quería que el doctor Fanshawe saliera del despacho para poder tratar los aspectos profesionales de aquel extraño asunto.

—Bien, señor —dijo a M—, creo que no necesito saber nada más. Sin duda, todo acabará aclarándose («¡Seguro que no!») y resultará que un miembro de su personal es una mujer con mucha suerte. No obstante, el señor Fanshawe ha sido muy amable al tomarse tantas molestias. —Se dirigió a este último.— ¿Desea usted trasladarse en coche a alguna parte?

—No, gracias, muchas gracias. Daré un agradable paseo por el parque.

Se estrecharon las manos, se intercambiaron despedidas y Bond acompañó al doctor hasta la puerta. M había sacado de un cajón un abultado expediente, con el sello de alto secreto en forma de estrella roja, y estaba concentrado en su lectura. Bond volvió a sentarse y esperó. En la habitación sólo se oía el ruido producido al hojear unas páginas, hasta que M sacó una cartulina azul, de las que usaba para los Expedientes Confidenciales de Personal, y empezó a leer atentamente la maraña de líneas prietas que llenaban ambas caras de la hoja. Entonces todo quedó en silencio.

Por fin, M guardó la hoja en el expediente y alzó la mirada.

—Sí —dijo, con los azules ojos iluminados por el interés—. Todo encaja. La chica nació en París en 1935. Su madre fue un miembro activo de la Resistencia durante la guerra. Ayudó a mantener la ruta de huida «Tulipán» con éxito. Después de la guerra, la joven fue a la Sorbona y consiguió un trabajo como intérprete en la oficinal del agregado naval de la embajada. Ya sabe el resto. Se vio implicada (un desagradable asunto de sexo) por algunos antiguos amigos de su madre de la Resistencia que, en aquel momento, trabajaban para la NKVD^[10] y, desde entonces, ha estado trabajando bajo las órdenes de Control. Sin duda, siguiendo instrucciones, solicitó la nacionalidad británica. La aprobación de la embajada y el pasado de su madre en la Resistencia la ayudaron a obtenerla en 1959. Llegó hasta nosotros por recomendación del Foreign Office, pero fue entonces cuando cometió su gran error. Solicitó un año de permiso antes de incorporarse y la red Hutchinson nos informó que había ingresado en la escuela de espionaje de Leningrado. Es de suponer que allí recibió el entrenamiento habitual y tuvimos que decidir qué hacer con ella. La Sección 100 ideó la operación «Código Púrpura». Lo demás ya lo sabe. Ha estado trabajando durante tres años en el Cuartel General para la KGB y ahora recibirá su recompensa: esa bola de esmeraldas que vale 100.000 libras. Lo cual resulta interesante por dos razones. La primera porque significa que la KGB se ha tragado el Código Púrpura entero, ya que, en caso contrario, no estaría dispuesta a hacer un desembolso tan enorme. Eso es bueno. Quiere decir que podemos arriesgarnos aún más con el material que les estamos enviando: transmitir material falso de Grado 3 o,

incluso, movernos al Grado 2. La segunda porque explica algo que nunca he sido capaz de comprender: que esta muchacha no haya recibido hasta ahora ni un solo pago por sus servicios. Esto nos tenía preocupados. Tenía una cuenta en Glyn Mills en la que sólo ingresaba su sueldo mensual de unas 50 libras, con el que vivía. Ahora recibirá la liquidación de una sola vez mediante la baratija de la que hemos estado hablando. Todo cuadra.

M cogió el cenicero, hecho con una concha de unos veinte centímetros, y le dio unos golpecitos secos con su pipa, con la apariencia de un hombre que ha aprovechado bien la tarde.

Bond se removió en su silla. Se moría de ganas de fumar un cigarrillo, pero nunca se habría atrevido a hacerlo en el despacho de M. Quería fumar para centrar sus pensamientos. Sentía que aquel problema tenía algunos cabos sueltos, uno especialmente.

—¿Sabemos quién es su control local? —dijo suavemente—. ¿Cómo recibe las instrucciones?

—No las necesita —dijo M con impaciencia, entretenido con su pipa—. Una vez hubo echado mano del Código Púrpura, sólo tenía que conservar su trabajo. ¡Maldita sea! Les pone todo el material en bandeja seis veces al día. ¿Para qué necesita que le den instrucciones? Dudo que los hombres de la KGB en Londres conozcan su existencia, quizás el director residente, pero, como usted sabe, ni siquiera sabemos quién es. Daría cualquier cosa por saberlo.

Una súbita intuición iluminó a Bond. Fue como si un proyector pasara una película dentro de su cerebro, una película en blanco.

—Podría ser que ese asunto de Sotheby's nos revelara su identidad... —dijo lentamente—, que nos permitiera saber quién es.

—¿De qué diablos está hablando, 007? Explíquese.

—De acuerdo, señor. —La tranquila voz de Bond evidenciaba su seguridad—. ¿Recuerda lo que ese doctor Fanshawe dijo sobre el otro postor? ¿Alguien que obligaría a los marchantes de Wartski a subir su precio máximo? Si, como parece, los rusos no conocen o no les interesa gran cosa Fabergé, tal como dice el doctor Fanshawe, es posible que no sean conscientes del valor real de la joya. De todas maneras, es probable que la KGB no sepa nada sobre estos temas. Es posible que imaginen que sólo las piedras valen, digamos diez o veinte mil libras por la esmeralda. Esta cantidad parece más lógica que la pequeña fortuna que obtendrá la muchacha, si el doctor Fanshawe tiene razón. Bien, si el director residente es el único que conoce la existencia de la joven, será el único en saber algo sobre el pago. Así que será él el otro postor. Le enviarán a Sotheby's y le dirán que puje para que el precio aumente. Estoy seguro. Así podremos identificarlo y tendremos suficientes cargos contra él como para enviarlo de vuelta a casa. Ni siquiera sabrá quién le ha

golpeado, ni tampoco la KGB. Puedo ir a la subasta, localizarlo y, si tenemos la sala cubierta por nuestras cámaras y además las actas de la subasta, podemos hacer que el Foreign Office lo declare «persona non grata» en menos de una semana. Los directores residentes no crecen como setas. Pueden pasar meses antes de que la KGB designe un sustituto.

—Quizás tenga razón —admitió M, pensativo.

Giró la silla y contempló el perfil irregular de Londres desde la gran ventana. Finalmente dijo, por encima del hombro—: De acuerdo, 007. Vaya a ver al jefe de Estado Mayor y ponga en marcha el plan. Yo lo arreglaré con Cinco. Es su territorio, pero es nuestro pájaro. No habrá ningún problema. Pero no se deje llevar al pujar por esa baratija. No me sobra el dinero.

—No, señor —dijo Bond.

Se levantó y salió rápidamente del despacho. Pensó que había sido muy listo y quería comprobar que así era. No quería que M cambiara de opinión.

Wartski's tenía una modesta pero ultramoderna fachada en el 138 de Regent Street. El escaparate, con una limitada exposición de joyas antiguas y modernas, no dejaba entrever que se trataba de uno de los mayores expertos en Fabergé del mundo. El interior, enmoquetado en gris, paredes forradas de sicomoro y con algunas vitrinas sin pretensiones, no albergaba la misma sensación de un Cartier, Boucheron o Van Cleef, pero el conjunto de títulos de proveedores oficiales enmarcados de la reina Mary, la reina madre, la reina, el rey Pablo de Grecia y el improbable rey Federico IX de Dinamarca, sugería que no se trataba de una joyería corriente.

James Bond preguntó por el señor Kenneth Snowman. Un hombre apuesto de unos cuarenta años, muy bien vestido, se levantó de entre un grupo de hombres que estaban sentados con las cabezas juntas en la parte de atrás de la sala y se acercó a él.

—Soy del Departamento de Investigación Criminal —dijo Bond con discreción—. ¿Podemos hablar?

Quizás quiera comprobar primero mis credenciales. Me llamo James Bond, pero tendrá usted que hablar directamente con sir Ronald Vallance o con su asistente personal. No formo parte de los efectivos de Scotland Yard. Hago una especie de trabajo de enlace.

Unos ojos inteligentes y observadores ni siquiera lo examinaron. El hombre sonrió.

—Vayamos abajo. Estaba hablando con unos amigos americanos; en realidad, una especie de representantes de la «Vieja Rusia» en la Quinta Avenida.

—Conozco el sitio —dijo Bond—. Lleno de iconos opulentos y cosas parecidas. No está lejos de Pierre.

—Exacto.

El señor Snowman pareció sentirse más tranquilo. Guió a Bond por una escalera estrecha, cubierta por una gruesa moqueta, hasta una sala de exposición que era sin duda donde se hallaba el verdadero tesoro de la tienda. En las paredes, y dispuestos en estuches iluminados, brillaban el oro, los brillantes y las piedras talladas.

—Tome asiento. ¿Un cigarrillo?

Bond cogió uno de los suyos.

—Se trata de la pieza de Fabergé que sale a subasta en Sotheby's mañana, la Esfera Esmeralda.

—Ah, sí. —La despejada frente del señor Snowman se arrugó ansiosamente.— Espero que no haya ningún problema.

—Por nuestra parte no hay ninguno, pero nos interesa mucho la subasta en sí. Conocemos a la propietaria, la señorita Freudenstein. Creemos posible que se intente subir el precio de puja de manera artificial. Estamos interesados en el otro postor, suponiendo, claro está, que su empresa vaya a tomar la iniciativa, por así decirlo.

—Bueno..., sí —dijo el señor Snowman con una sinceridad bastante suspicaz—. Sin duda iremos a por ella, pero el precio de venta será altísimo. Entre usted y yo, V y A van a pujar y, probablemente, el Metropolitan también. Pero si usted está interesado en un estafador, no se preocupe. Está fuera de su alcance.

—No —dijo Bond—. No estamos buscando a un estafador.

Se preguntó hasta qué punto podía confiar en aquel hombre. El hecho de que alguien sea muy discreto con los secretos de su propia empresa no garantiza que lo sea también con los secretos de otros. Bond cogió una placa de madera y marfil que había encima de la mesa. Decía:

«Esto es malo, esto no vale nada, dice todo comprador; y tras habérselo llevado, se vanagloria de la compra.»

Proverbios, XX, 14.

A Bond le causó gracia y así lo manifestó.

—Esta cita describe la historia completa del comercio, de los vendedores y los clientes —dijo, mirando al señor Snowman directamente a los ojos—. Para este caso necesito este tipo de olfato, de intuición. ¿Me echará una mano?

—Por supuesto, si me dice en qué puedo ayudarle —hizo un gesto con la mano—. Si está preocupado porque se trata de algún secreto, no se preocupe. Los joyeros estamos acostumbrados a ellos. Seguramente Scotland Yard le daría buenos informes sobre nosotros en ese aspecto. Dios sabe que hemos tenido mucha relación con ellos en los últimos años.

—¿Y si le dijera que pertenezco al Ministerio de Defensa?

—Sería lo mismo —dijo el señor Snowman—. ¿Puede usted confiar en mi

discreción sin dudar!o!

—De acuerdo —se decidió Bond—. Mire, todo este asunto entra dentro de la Ley de Secretos Oficiales. Sospechamos que el otro postor, el que presuntamente pujará contra ustedes, es un agente secreto soviético. Mi trabajo consiste en descubrir su identidad. Lo siento, pero me temo que no puedo contarle nada más y, de hecho, no necesita saber más. Todo lo que quiero es ir con usted a Sotheby's mañana por la noche y que me ayude a localizar a ese hombre. No conseguiré ninguna medalla, me temo, pero le estaremos extremadamente agradecidos.

Los ojos del señor Kenneth Snowman brillaron entusiasmados:

—Por supuesto. Estaremos encantados de ayudarlos en lo que sea, pero —añadió dubitativo— ya sabe que no será tan fácil como parece. Peter Wilson, el director de Sotheby's, oficiará la subasta. Es la única persona que podría decírnoslo con toda seguridad, si es que, claro está, el otro postor quiere permanecer en el anonimato. Hay decenas de maneras de pujar sin hacer tan sólo un movimiento. Si antes de la subasta el postor acuerda su método, su código por así decirlo, con Peter Wilson, éste no se lo revelaría a nadie. Revelar su límite arruinaría la táctica del postor y, como puede imaginarse, eso es un secreto muy bien guardado en una sala de subastas. Y menos aún si usted va conmigo porque seré probablemente quien lleve la iniciativa. Sé hasta cuánto pujaré para mi cliente, por cierto, pero me facilitaría inmensamente el trabajo saber hasta dónde pujará el otro postor. De momento, lo que me ha contado me será de gran ayuda. Advertiré a mi cliente que debe ir mucho más lejos. Si ese tipo que busca sabe mantener la calma, puede hacerme pujar muy alto y, claro está, habrá más interesados en la sala. Según parece, será una noche memorable. Emitirán la subasta por televisión. Todos los millonarios, duques y duquesas están invitados a esta función de gala que Sotheby's sabe organizar tan bien. Sin duda, es una publicidad estupenda. ¡Por Dios! Si supieran que hay un asunto de policías y ladrones entre manos, ¡se alborotarían! Y bien, ¿hay algo más que deba hacer? ¿Sólo localizar al hombre y punto?

—Eso es todo. ¿Hasta qué límite cree que subirá la puja?

El señor Snowman se dio unos golpecitos en los dientes con un bolígrafo de oro.

—Verá usted, de este tema no puedo hablar. Sé hasta cuánto pujaré, pero es un secreto de mi cliente. —Calló y pareció pensativo.— Digamos que sería sorprendente que se vendiera por menos de 100.000 libras.

—Ya veo —dijo Bond—. Entonces ¿cómo puedo entrar en la subasta?

El señor Snowman sacó una elegante cartera de cocodrilo, de la que extrajo dos cartoncitos impresos y le entregó uno.

—Es la entrada de mi mujer. A ella la colocaré en cualquier otro lugar de la sala. B5, un buen lugar delante, en el centro. Yo tengo la B6.

Bond cogió la entrada. Se leía:

Sotheby's & Co.

Venta de
Un estuche de joyas magníficas
y
Una joya única de Carl Fabergé
Propiedad de una dama.

Entrada individual a la Sala Principal de Subastas.
Martes, 20 de junio, a las 21:30 en punto.

ENTRADA POR SAINT GEORGE STREET

—No es la antigua entrada georgiana por Bond Street —comentó el señor Snowman—. Ahora que Bond Street es de dirección única, han puesto una impresionante alfombra roja en la puerta de atrás. Y ahora —se levantó de la silla—, ¿le gustaría ver alguna pieza de Fabergé? Aquí tenemos algunas que mi padre compró al Kremlin hacia 1927. Así se podrá hacer una idea sobre cómo funciona esto, aunque, sin duda, la Esfera Esmeralda es incomparablemente más valiosa que cualquiera de las piezas de Fabergé que pueda mostrarle, a excepción del los Huevos de Pascua Imperiales.

Más tarde, deslumbrado por los brillantes, el oro de todos los colores y el brillo sedoso de los esmaltes translúcidos, James Bond salió de aquella cueva de Aladino situada bajo Regent Street y se dispuso a pasar el resto del día en las lóbregas oficinas cercanas a Whitehall, para ultimar los aburridos detalles necesarios que hicieran posible, en una sala atiborrada, identificar y fotografiar a un hombre que todavía no tenía rostro ni identidad, pero que, sin duda, era el principal espía soviético en Londres.

A lo largo del día siguiente, la agitación de Bond aumentó. Encontró una excusa para entrar en la Sección de Comunicaciones y paseó un poco por la pequeña habitación donde Maria Freudenstein y dos ayudantes trabajaban con las máquinas de codificación encargadas de los mensajes del Código Púrpura. Aprovechando el acceso libre que le habían otorgado para consultar el material del Cuartel General, cogió un expediente aún sin codificar y echó un vistazo a aquellos párrafos cuidadosamente editados que, al cabo de una media hora, algún agente subalterno de la CIA desecharía sin leerlos, mientras en Moscú serían entregados, con reverencia, a algún alto oficial de la KGB. Bromeó con las dos ayudantes, pero Maria Freudenstein sólo levantó la mirada de la máquina para dirigirle una sonrisa cortés. A Bond se le erizó la piel imperceptiblemente al sentir la proximidad de la traición y del oscuro y

mortal secreto escondido bajo la blusa blanca de volantes. Era una chica poco agraciada, de piel pálida, con granos, pelo negro y un aspecto algo desaseado. Nadie amaría a una chica como aquélla, tenía pocos amigos, estaba a la defensiva, especialmente en cuanto a su ilegitimidad, y resentida con la sociedad. Quizá su único placer en la vida consistía en el magnífico secreto que albergaba en su pecho plano: el saber que era más inteligente que los demás y que diariamente devolvía los golpes con todas sus fuerzas a ese mundo que la despreciaba o, simplemente, la ignoraba por su falta de atractivo. ¡Algún día se arrepentirían! Era un patrón neurótico corriente: la venganza del patito feo contra la sociedad.

Bond se alejó por el pasillo en dirección a su despacho. Al llegar la noche, la joven conseguiría una fortuna, recibiría sus treinta monedas de oro multiplicadas por mil. Quizás el dinero le cambiaría el carácter y le daría la felicidad. Podría pagarse los mejores especialistas en estética, los mejores vestidos y un hermoso piso. No obstante, M había dicho que iba a arriesgarse más en la operación Código Púrpura al elevar el nivel de la falsa información que suministraba. Sería un trabajo comprometido; un solo paso en falso, una sola mentira imprudente, una sola falsedad fácil de comprobar en un mensaje, y la KGB olería a gato encerrado. Uno más, y sabrían que habían sido engañados durante tres años y, probablemente, con descaro. Una revelación tan vergonzosa como ésta comportaría una venganza rápida. Asumirían que Maria Freudenstein había actuado como un agente doble, que trabajaba al mismo tiempo para británicos y rusos e, inevitablemente, tendría que ser eliminada de manera rápida, quizás con la pistola de cianuro sobre la que Bond había estado leyendo el día anterior.

James Bond se estremeció, mientras miraba por la ventana los árboles del Regent's Park. Afortunadamente, no era asunto suyo. El destino de la joven no estaba en sus manos. Estaba atrapada en la sórdida maquinaria del espionaje y tendría suerte si vivía lo suficiente para gastarse una décima parte de la fortuna que iba a conseguir al cabo de unas horas en la sala de subastas.

Una fila de coches y taxis bloqueaban George Street detrás de Sotheby's. Bond pagó al taxista y se unió a la multitud que se deslizaba bajo la marquesina y subía las escaleras. Recibió un catálogo de manos del portero uniformado que controlaba las entradas y, junto a la elegante y animada multitud, subió la amplia escalinata, atravesó una galería y entró en la sala principal de subastas, que ya estaba abarrotada. Encontró su asiento junto al señor Snowman, que escribía unas cifras en un cuaderno apoyado en sus rodillas, y miró a su alrededor.

La sala era de techos altos y quizás tan grande como una pista de tenis. Tenía la apariencia y el olor de una sala antigua, con dos enormes lámparas de araña, adecuadas a la antigüedad del lugar, que resplandecían con calidez en contraste con el

alumbrado fluorescente situado a lo largo del techo abovedado, cuya cubierta de cristal se veía todavía parcialmente oscurecida por una persiana a medio bajar, que había protegido la sala del brillante sol de la tarde. De las paredes verde oliva, colgaban cuadros y tapices variados, mientras las cámaras de televisión y otras (entre ellas el cámara del M15 con un pase de prensa del Sunday Times) se apiñaban junto a los operadores en una plataforma construida delante de un tapiz gigante con escenas de caza. Había cerca de un centenar de personas, entre marchantes y espectadores, sentadas y muy atentas en unas pequeñas sillas doradas. Todas las miradas estaban fijadas en el delgado y apuesto subastador que hablaba sin prisa desde un elevado pulpito de madera. Llevaba un esmoquin impecable con un clavel rojo en la solapa y hablaba con un tono sereno sin gesticular.

—Quince mil libras. Y dieciséis. —Una pausa y una mirada a alguien sentado en la primera fila.— ¿Señor? —El sonido de un catálogo al ser alzado.— Ofrecen diecisiete mil libras. Dieciocho. Diecinueve. Ofrecen veinte mil libras.

La voz siguió hablando con serenidad, sin apresurarse, mientras entre el público, los postores, igualmente impasibles, indicaban sus respuestas a la vez con un gesto.

—¿Qué vende? —preguntó Bond, abriendo su catálogo.

—Lote 40 —dijo el señor Snowman—. Aquella riviére de diamantes que sostiene el portero en una bandeja de terciopelo negro. Seguramente llegará a unas veinticinco. Un italiano está pujando contra un par de franceses. Si no fuera así, podrían haberla conseguido por veinte. Yo sólo he subido hasta quince. Me habría gustado conseguirla. Unas piedras maravillosas. Mire, ya está.

Y así era, el precio se quedó en veinticinco mil libras, y el martillo, que el subastador sostenía por la cabeza en vez de por el mango, descendió con suave autoridad.

—Adjudicado al señor —dijo el señor Peter Wilson, y el ayudante se precipitó a confirmar la identidad del comprador.

—Estoy decepcionado —dijo Bond.

—¿Por qué? —preguntó el señor Snowman, apartando la vista de su catálogo.

—Nunca había estado en una subasta y siempre pensé que el subastador daba tres golpes con el martillo mientras decía «a la una, a las dos, a las tres», para dar su última oportunidad a los compradores.

—Todavía es posible verlo —rió el señor Snowman— en los condados del centro de Inglaterra o en

Irlanda, pero en las salas de subasta de Londres ya no se hace, al menos desde que yo asisto a ellas.

—Es una pena. Le da un cierto dramatismo.

—Tendrá todo el que quiera dentro de un minuto. Éste es el último lote antes de que se abra el telón.

Uno de los porteros había extendido con reverencia una deslumbrante masa de rubíes y diamantes en su bandeja de terciopelo negro. Bond consultó el catálogo donde se leía «Lote 41», seguido de una descripción de una prosa empalagosa:

UN PAR DE ELEGANTES Y VALIOSOS BRAZALETES DE RUBÍES Y DIAMANTES.

En la parte delantera de cada uno de ellos se agrupan, formando una elipse, un rubí grande y dos más pequeños, dentro de un cuajado de brillantes carrés; en los laterales y la parte inferior elipses más simples se alternan con calados de diamantes que brotan de centros compuestos por un único rubí engastado en estirado, todo ello entre cadenas de rubíes y diamantes engarzados alternadamente; el cierre también tiene forma de elipse.

** Según la tradición familiar, este lote perteneció a la señora Fitzherbsrt (1756-1837), cuyo matrimonio con el Príncipe de Gales, después Jorge IV, fue definitivamente establecido cuando, en 1905, un paquete sellado, depositado en el Coutts Bank en 1833 y abierto por orden real, sacó a la luz el certificado de matrimonio y otras pruebas definitivas.*

Probablemente, la señora Fitzherbert entregó estos brazaletes a su sobrina, según el Duque de Orleans, «la muchacha más bonita de Inglaterra».

Mientras se desarrollaba la subasta, Bond abandonó su asiento y se deslizó por el pasillo hasta la parte de atrás de la sala, donde el excesivo público abarrotaba la New Gallery y la Entrance Hall, puesto que seguía la subasta por un circuito cerrado de televisión. Sin llamar la atención, observó a la multitud, en busca de una cara que pudiera reconocer como perteneciente a uno de los 200 miembros de la embajada soviética, cuyas fotografías, obtenidas en secreto, había estudiado durante los días pasados. Pero entre aquel público, que desafiaba cualquier intento de clasificación (una mezcla de marchantes, coleccionistas aficionados y lo que podría calificarse de manera general como ricos hedonistas), no había ningún rasgo, ni por supuesto ningún rostro, reconocible, si no era a través de las revistas del corazón. Una o dos caras cetrinas podían ser rusas, pero también podrían pertenecer a media docena distinta de razas europeas. Se veían algunas gafas de sol, pero no servían ya como disfraz. Bond volvió a su asiento. Suponía que el hombre se delataría cuando empezara la subasta.

—Ofrecen catorce mil. Y quince. Quince mil. —El martillo volvió a golpear.—
Adjudicado al señor.

Se oyó un murmullo de excitación y el rumor producido al consultar los catálogos. El señor Snowman se secó la frente con un pañuelo blanco de seda y se

volvió hacia Bond.

—Me temo que a partir de este momento tendrá que arreglárselas solo. Tengo que prestar atención a la puja y, de todas formas, por alguna razón desconocida, es de mala educación mirar por encima del hombro para ver quién puja contra uno..., si está usted en el negocio, claro está. Así que sólo podré verlo si está delante de mí, y me temo que eso es improbable. Pero usted puede mirar a su alrededor tanto como quiera. Lo que debe hacer es observar los ojos de Peter Wilson e intentar averiguar a quién mira o quién lo mira. Haga lo que haga ese hombre: rascarse la cabeza, tocarse el lóbulo de la oreja o lo que sea, será un código acordado con Peter Wilson. Por desgracia, no hará ningún gesto evidente tal como alzar el catálogo. ¿Me comprende? Y no olvide que no hará ningún movimiento en absoluto hasta casi el final, cuando me haya obligado a pujar hasta lo que él considere mi precio máximo para entonces abandonar. Fíjese. —El señor Snowman sonrió.— Cuando lleguemos a la recta final intentaré presionarlo para que se delate, si es que somos los dos únicos postores que quedan. —Adoptó un aire enigmático.— Y puede estar seguro de que lo seremos.

En vista de la seguridad demostrada por aquel hombre, Bond se convenció de que el señor Snowman había recibido instrucciones de conseguir la Esfera Esmeralda a cualquier precio.

Un silencio súbito invadió la sala con gran solemnidad al ser introducido un alto pedestal cubierto de terciopelo negro y colocado delante de la tribuna del subastador. Después situaron encima del pedestal un estuche ovalado de un material que parecía terciopelo blanco y un conserje mayor, con un uniforme gris con cuello, cinturón y mangas color burdeos, lo abrió con reverencia para sacar el Lote 42, colocarlo sobre el terciopelo negro y retirar el estuche. La pulida esmeralda, del tamaño de una pelota de criquet y montada sobre una base exquisita, resplandecía con un verde fuego sobrenatural, y las piedras de múltiples colores de la superficie y del opalino meridiano parpadeaban. Un grito ahogado de admiración surgió entre el público, e incluso los empleados y expertos, acostumbrados a ver pasar por delante de sus ojos las joyas de las coronas europeas, sentados detrás de la tribuna y delante del escritorio, junto al subastador, donde se cerraban las operaciones, se inclinaron para verla mejor.

James Bond consultó su catálogo. Ahí estaba, en grandes letras y redactado con una prosa tan empalagosa como un dulce:

42. UN NOTABLE GLOBO TERRÁQUEO DE FABERGÉ.

EL GLOBO TERRÁQUEO DISEÑADO EN 1917 POR CARL FABERGÉ PARA UN CABALLERO
RUSO Y AHORA PROPIEDAD DE SU NIETA.

Una esfera tallada en una extraordinariamente grande matriz de

esmeralda de Siberia, de mil trescientos quilates de peso aproximadamente y de un color soberbio y una pureza impoluta, forma un reloj de mesa que representa un globo terráqueo sobre una elaborada base de rocaïlle finamente repujada con oro quatre-couleurs e incrustaciones de diamantes en rosa y pequeñas esmeraldas de intenso color.

Alrededor de él, seis querubines se solazan entre nubes representadas con gran realismo en cristal de roca tallado, con un acabado mate y veteados con finas líneas de diamantes en rosa.

El Globo en sí, con las principales ciudades de un detallado mapa mundi grabado en su superficie y señaladas con un diamante engastado en oro a la manera rusa, gira automáticamente sobre un eje controlado por un pequeño mecanismo de relojería, firmado por G. Moser y oculto en la base. Ésta, bordeada por una cinta de oro esmaltado en rosa opalino a lo largo de un remate realizado con técnica champlevé por encima de un guillochage tornasolado con números romanos en esmalte pintado, color sepia pálido; tiene un único rubí triangular de Birmania, rojo sangre, de unos cinco quilates, engastado en la superficie de la esfera, que señala la hora.

Altura: 20 cm. Maestro artesano, Henrik Wigstróm. En el estuche original oviforme, de terciopelo blanco, abertura doble, forrado de raso y con su llave de oro encajada en la base.

** El tema de esta magnífica esfera es el mismo que había inspirado a Fabergé unos 15 años atrás, tal como demuestra el globo terráqueo en miniatura que forma parte de la Colección Real en Sandringham. (Véase ilustración 280 de El arte de Carl Fabergé, de A. Kenneth Snowman.)*

Después de echar una breve e inquisitiva mirada por la sala, el señor Wilson dio un golpe suave con el martillo.

—Lote 42, una joya única de Carl Fabergé. —Una pausa.— Ofrecen veinte mil libras.

—Eso quiere decir que le han ofrecido al menos cincuenta —susurró el señor Snowman a Bond—. Sólo es para ir calentando motores.

Los catálogos empezaron a alzarse.

—Y treinta, cuarenta, ofrecen cincuenta mil... Y sesenta, setenta, ochenta mil libras. Y noventa. —Una pausa y siguió.— Ofrecen cien mil libras.

Una salva de aplausos atronó en la sala. Las cámaras enfocaron a un hombre joven, uno de los tres que hablaban por teléfono en voz baja, situados en la plataforma elevada que se hallaba a la izquierda del subastador.

—Es uno de los jóvenes empleados de Sotheby's —comentó el señor Snowman—. Mantiene una línea abierta con América. Diría que el postor es el Metropolitan,

pero podría ser cualquiera. Ahora me toca ponerme manos a la obra.

El señor Snowman agitó su catálogo enrollado.

—Y diez —dijo el subastador. Un hombre habló con su teléfono y asintió con la cabeza—. Y veinte.

Otra señal por parte de Snowman.

—Y treinta.

Ahora el hombre del teléfono parecía hablar más que antes, quizás estimando hasta cuánto subiría el precio. Movi6 levemente la cabeza en direcci6n al subastador, quien apart6 la mirada de 6l y se dirigi6 a la sala.

—Me ofrecen ciento treinta mil libras —repiti6 tranquilamente.

—Ahora preste usted atenci6n —dijo en voz baja el se6or Snowman a Bond—. Parece que Am6rica se retira. Ha llegado el momento de que su hombre me obligue a pujar m6s.

James Bond se desliz6 de su asiento para situarse entre un grupo de periodistas apostados en una esquina, a la izquierda de la tribuna. Peter Wilson dirigi6 su mirada hacia la esquina m6s alejada, a la derecha de la sala, pero aunque Bond no pudo detectar ning6n movimiento, el subastador anunci6:

—Y cuarenta mil libras.

Mir6 al se6or Snowman. Despu6s de una larga pausa, 6ste levant6 cinco dedos. Bond imagin6 que era parte del proceso de calentamiento de la puja. Mostraba cierta reticencia, como si estuviera llegando a su l6mite.

—Ciento cincuenta mil libras.

Se oy6 el murmullo de los comentarios y un amago de aplauso. Esta vez la reacci6n del se6or Snowman fue todav6a m6s lenta y el subastador tuvo que repetir dos veces la 6ltima oferta. Finalmente, mir6 directamente al se6or Snowman.

—Su oferta, se6or.

Por fin el se6or Snowman alz6 cinco dedos.

—Ciento cincuenta y cinco mil libras.

James Bond empez6 a sudar. Todav6a no hab6a conseguido nada y la puja deb6a de estar a punto de acabar. El subastador repiti6 la oferta.

En ese momento se produjo un leve movimiento. En la parte de atr6s de la sala, un hombre de aspecto fornido y traje oscuro alz6 el brazo y se quit6 discretamente las gafas de sol. Su rostro era regular y anodino. Pod6a ser un director de sucursal, un miembro de Lloyd's o un m6dico. 6se deb6a de ser el c6digo preestablecido con el subastador. Mientras llevara sus gafas de sol, pujar6a de diez mil en diez mil; cuando se las quitara, quer6a decir que se retiraba.

Bond ech6 un vistazo r6pido a la fila de c6maras. S6, el fot6grafo del MI5 estaba atento y tambi6n se hab6a percatado del gesto. Levant6 su c6mara y dispar6 la s6bita luz del flash. Bond volvi6 a su asiento y susurr6 a Snowman:

—Lo tenemos. Hablaré con usted mañana. Muchas gracias.

El señor Snowman se limitó a asentir. Sus ojos no se apartaron ni un momento del subastador.

Bond dejó su asiento y recorrió el pasillo con paso rápido mientras el subastador decía por tercera vez:

—Ofrecen ciento cincuenta y cinco mil libras —para después dar un suave golpe con el martillo—. Adjudicado al señor.

Bond llegó hasta la parte de atrás de la sala antes de que el público se levantara y empezara a aplaudir. Su presa estaba rodeada de sillas doradas y se había vuelto a poner las gafas de sol. Él se puso las suyas y consiguió colarse entre la multitud para situarse detrás de su hombre, mientras el gentío bajaba las escaleras murmurando. El pelo le cubría la parte posterior del cuello, más bien corto, y los lóbulos de las orejas se le pegaban a los dos lados de la cabeza. Tenía una leve joroba, tal vez sólo una deformación ósea, en la parte superior de la espalda. De repente, Bond se acordó: era Piotr Malinowski, el que desempeñaba el cargo oficial de «agregado de agricultura» en la embajada. ¡Así que era él!

Fuera, el hombre dirigió sus pasos hacia Conduit Street. Sin apresurarse, James Bond cogió un taxi con el motor y el taxímetro en marcha.

—Es ése. Toméselo con calma —dijo al conductor.

—Sí, señor —dijo el conductor del MI5, alejándose de la acera.

El hombre cogió un taxi en Bond Street. Seguirle la pista entre el fluido tráfico nocturno fue fácil. Bond se sintió aún más satisfecho cuando el taxi del ruso cogió en el parque hacia el norte y enfiló Bayswater. Sólo era cuestión de ver si giraba por la entrada privada en Kensington Palace Gardens, donde la primera casa a la izquierda era el impresionante edificio de la embajada soviética. Si así lo hacía, el asunto quedaría cerrado. Los dos policías de guardia, guardias habituales de la embajada, habían sido especialmente escogidos para aquella noche. Su trabajo consistía en confirmar que el ocupante del primer taxi entrara en la embajada soviética.

Con las pruebas del Servicio Secreto, las de Bond y las del cámara del MI5, bastaría para que el Foreign Office declarara al camarada Piotr Malinowski «persona non grata» —al aducir que realizaba labores de espionaje— y lo enviara de vuelta a casa. En la sórdida partida de ajedrez del espionaje, los rusos habían perdido una reina. La visita a la sala de subastas había resultado extremadamente satisfactoria.

Efectivamente, el primer taxi atravesó las grandes puertas de hierro forjado.

Bond sonrió con adusta satisfacción y se inclinó hacia delante.

—Gracias, conductor —dijo—. Al Cuartel General, por favor.

Alta tensión ^[11]

James Bond se encontraba en la línea de tiro de quinientos metros del famoso Polígono de Tiro Century, en Bisley. El mojón blanco clavado en la hierba junto a él marcaba 4,4 y el mismo número se repetía en el lejano parabolas, encima del blanco de unos dos metros cuadrados y que, en aquel tardío y veraniego anochecer, no parecía, a simple vista, mayor que un sello de correos. Sin embargo, las lentes de Bond, un visor de infrarrojos Sniperscope fijado en la parte superior de su fusil, cubrían la lona entera. Incluso podía distinguir los colores azul pálido y beige en que se dividía el blanco, cuya diana, de unos quince centímetros, se semejaba por su forma semicircular y su tamaño a la media luna que empezaba a asomar en el cielo, cada vez más oscuro, que coronaba las lejanas cimas de Chobham Ridges.

El último disparo de James Bond no había sido suficientemente bueno, se había desviado hacia la izquierda. Echó otro vistazo a las mangas azules y amarillas que indicaban la dirección y fuerza del viento. Ondeaban perpendicularmente al polígono de tiro, empujadas desde el este, con más fuerza que cuando había empezado a disparar, hacía ya media hora. Movié dos puntos hacia la derecha el control de azimut y volvió a ajustar la cruz filar al punto de diana. Después se apuntaló, metió el dedo en el guardamonte y lo apoyó ligeramente en la curva del gatillo, contuvo el aliento y suave, muy suavemente, apretó.

El feroz estallido del disparo resonó en el polígono vacío. El blanco desapareció de la vista e, inmediatamente, lo sustituyó una «figura». Sí, esta vez el panel negro estaba en la esquina inferior derecha y no en la parte inferior izquierda: diana.

—Bien —dijo la voz del oficial jefe del polígono detrás de él—. Siga así.

El blanco volvía a estar en su posición y Bond apoyó nuevamente la mejilla contra la superficie caliente de la sólida culata de madera y el ojo en el ocular de goma del visor. Se secó la mano que sostenía el arma en los pantalones y agarró el pistolete que sobresalía, detrás del guardamonte. Separó las piernas unos centímetros más. Ahora dispararía seis balas rápidas y comprobaría con interés si se desviaban. Seguramente no. Aquella arma extraordinaria que el armero había conseguido no se sabe cómo daba la sensación de que un hombre de pie a un kilómetro de distancia era un blanco fácil. Básicamente, era un fusil International Experimental Target del calibre 308, creado por Winchester para ayudar a los tiradores estadounidenses en los Campeonatos del mundo. Tenía los artilugios habituales de las armas de tiro de precisión: una pieza de aluminio curvada delante de la culata, que se colocaba bajo la axila para ayudar a asegurar la culata del fusil en el hombro, y un piñón ajustable bajo el centro de gravedad del fusil, que permitía «fijar» el rifle en el acanalado soporte de madera. El armero había sustituido el mecanismo de cerrojo de un solo disparo por un cargador y le había asegurado a Bond que, si dejaba pasar dos segundos entre disparo

y disparo para estabilizar el arma, no se desviaría ni siquiera a quinientos metros. Bond creía que, para el trabajo que debía hacer, dos segundos podían representar una pérdida de tiempo peligrosa si fallaba el primer tiro. De todas formas, M había dicho que la distancia no sería superior a trescientos metros. Bond reduciría el intervalo a un segundo; casi fuego continuo.

—¿Listo?

—Sí.

—Contaré para atrás desde cinco. ¡Ahora! Cinco, cuatro, tres, dos, uno. ¡Fuego!

El suelo se estremeció ligeramente y el aire silbó cuando las cinco vertiginosas balas de cuproníquel desaparecieron a toda velocidad en el anochecer. El blanco desapareció y volvió a levantarse rápidamente decorado con cuatro pequeños discos agrupados en la diana. No había un quinto disco, ni siquiera uno negro que indicara un tiro desviado a la izquierda o a la derecha.

—El último disparo ha ido demasiado bajo —dijo el oficial quitándose las gafas nocturnas—. Gracias por su contribución. Cribamos la arena de parabalas una vez al año y nunca sacamos menos de quince toneladas de buen plomo y trozos de cobre. Una bonita cantidad de dinero.

Bond se había levantado. El cabo Menzies, de la sección del armero, salió del edificio del Gun Club y se arrodilló para desmontar el Winchester y su base. Alzó la mirada hacia Bond.

—Ha disparado usted un poco deprisa —dijo con un deje de crítica en su voz—. El último disparo se ha ido.

—Lo sé, cabo. Quería ver cuán rápido *podía* hacerlo. No es culpa del rifle. Han hecho un magnífico trabajo. Dígaselo al armero de mi parte. Y ahora es mejor que me vaya. Podrá volver solo a Londres, ¿verdad?

—Sí. Buenas noches, señor.

El oficial jefe del polígono entregó a Bond un informe sobre su actuación: dos tiros individuales y diez disparos cada cien metros hasta los quinientos.

—Un resultado condenadamente bueno, dada la poca visibilidad. Debería usted volver el año próximo y probar suerte en la Copa de la Reina. Actualmente, puede participar el que quiera..., si pertenece a la Commonwealth, claro.

—Gracias, pero no paso mucho tiempo en Inglaterra. Y gracias también por su ayuda. —Bond echó un vistazo a la lejana Torre del reloj. A ambos lados, la bandera roja de peligro y el reflector de señales rojas empezaban a descender para indicar que había cesado el fuego. Las manecillas señalaban las nueve y cuarto.— Me hubiera gustado invitarlo a tomar algo, pero tengo una cita en Londres. ¿Qué le parece si lo dejamos hasta la Copa de la Reina de la que me hablaba?

El oficial del polígono asintió sin comprometerse. Le habría gustado mucho saber algo más sobre aquel hombre que había surgido de repente después de una frenética

avalancha de mensajes del Ministerio de Defensa y que había conseguido obtener una puntuación superior al noventa por ciento desde todas las distancias, y especialmente por la noche, cuando el campo estaba cerrado y la visibilidad era tan mala. ¿Por qué le habían ordenado que estuviera presente, cuando sólo ejercía durante la competición de julio? ¿Por qué le habían dicho que se encargara de que Bond tuviera una diana de quince centímetros a 500 metros en lugar de la de treinta y cinco centímetros de reglamento? ¿Y por qué todo aquel alboroto con la bandera y las señales rojas, que sólo se utilizaban en ocasiones solemnes? ¿Para añadir más presión sobre aquel hombre? ¿Para dar un cierto apremio al disparo? Bond. Comandante James Bond. Seguramente el NRA^[12] tendría el historial de alguien que podía disparar así. Tenía que acordarse de llamarlos. Una hora extraña para tener una cita en Londres. Probablemente sería con una chica. El rostro vulgar del oficial jefe del polígono adoptó una expresión de disgusto. Era la clase de individuo que tenía todas las chicas que quería.

Los dos hombres atravesaron la bella fachada del Club Row, situada detrás del campo, y se acercaron al coche de Bond, estacionado delante de una reproducción del famoso *Ciervo fugitivo* de Landseer, hecha con marcas de balas sobre una superficie de hierro.

—¡Qué virguería! —comentó el oficial del polígono—. Nunca había visto una carrocería como ésta en un Continental. ¿Hecho a medida?

—Sí. Los deportivos normalmente son biplaza y tienen un maletero enano. Así que encargué a Mulliner's que hiciera un biplaza con un maletero enorme.

—Me temo que es un coche egoísta. Bien, buenas noches y gracias otra vez.

El tubo de escape retumbó armoniosamente y las negras ruedas levantaron un puñado de gravilla.

El oficial jefe del polígono contempló cómo se desvanecían las luces rojas de King's Avenue, en dirección a la carretera de Londres. Se giró y fue a buscar al cabo Menzies para que le diera una información que, finalmente, no obtuvo. El cabo se mostró tan hermético como la gran caja de madera que estaba cargando en el Land-Rover caqui desprovisto de símbolos militares. El oficial jefe intentó servirse de su rango de comandante sin éxito alguno. El Land-Rover siguió ruidosamente el mismo camino que Bond. El comandante se alejó malhumorado hacia las oficinas de la NRA para intentar encontrar lo que buscaba en la biblioteca, bajo el epígrafe de «Bond, J.».

La cita de James Bond no era con una chica, sino con un vuelo de la BEA a Hanover y Berlín. Mientras recorría los kilómetros que le acercaban al aeropuerto de Londres, pisando a fondo el acelerador para tener tiempo de tomar una copa, o tres, antes de despegar, sólo una parte de su mente estaba concentrada en la carretera. El resto recapitulaba, por enésima vez, la secuencia de acontecimientos que ahora le llevaban a su cita con un avión. Pero esta cita era sólo temporal; la final tendría lugar

una de las tres noches siguientes y sería con un hombre. Tenía que verlo y disparar a matar.

Eran sobre las dos y media de la tarde. James Bond, apenas si hubo cruzado las puertas de doble acolchado y se hubo sentado delante del rostro de perfil situado al otro lado del escritorio, ya había oído problemas. No hubo saludos. La cabeza de M estaba hundida en el cuello rígido de la camisa, en una postura churchiliana de melancólica reflexión, y las comisuras de sus labios esbozaban una mueca de amargura. Giró la silla para dirigirse a Bond, le dedicó una mirada apreciativa como si tuviera la intención de comprobar —pensó Bond— que llevaba la corbata recta y el cabello bien cepillado, y después empezó a hablar con premura, recortando sus frases como si quisiera librarse lo antes posible de Bond y de lo que tenía que decirle.

—El número 272. Es un buen hombre. No creo que lo conozca por la simple razón de que ha estado escondido en Novaya Zemlya desde la guerra. Ahora intenta salir... cargado de material. Armas atómicas y cohetes. Y con planes sobre una nueva serie de pruebas para 1961. Para ejercer más presión sobre Occidente. Tiene algo que ver con Berlín. No sé muy bien de qué va, pero el Foreign Office dice que, en caso de ser cierto, es terrible. Da al traste con la Convención de Ginebra y con todas esas tonterías sobre desarme nuclear de las que habla el bloque comunista. Ha conseguido llegar hasta Berlín Este. Pero tiene a casi toda la KGB pisándole los talones y, por supuesto, a los cuerpos de seguridad de Alemania Oriental. Está escondido en algún lugar de la ciudad, pero consiguió hacernos llegar un mensaje: intentará cruzar entre seis y siete de la tarde de una de las tres próximas noches, mañana, pasado o al día siguiente. Nos comunicó el lugar por donde cruzará.

»El problema está —la mueca en los labios de M se volvió más amarga— en que usó de correo a un agente doble. La Estación de Berlín Oeste ya lo ha dejado fuera de juego. Fue bastante casualidad. Tuvieron suerte al interceptar un mensaje cifrado de la KGB. Al correo lo enviarán aquí para juzgarlo, por supuesto. Pero ya da igual. La KGB sabe que 272 va a intentarlo. Saben cuándo. Saben dónde. Saben lo mismo que nosotros, ni más ni menos. Ahora bien, interceptamos no sólo ese mensaje, sino también todos los de aquel día, lo que fue suficiente. Su mensaje menciona que pasará por la intersección de la calle Berlín Este y la Berlín Oeste. Piensan matarlo en el cruce. Para ello están montando un operativo muy grande: lo llaman operación «Éxtasis». Han escogido a su mejor francotirador para hacer el trabajo. Todo lo que sabemos es su nombre en código: «Gatillo». La Estación BO piensa que es el mismo que han utilizado ya otras veces como francotirador. Un trabajito de precisión en la frontera. Vigilará el cruce cada noche. Su trabajo consiste en eliminar a 272. Evidentemente, preferirían hacerlo bien, con ametralladoras. Pero ahora mismo Berlín está muy tranquilo y parece que las instrucciones marcan seguir esta tónica.

De todas formas —M se encogió de hombros—, confían en el tal «Gatillo» y es así como será.

—¿Y yo qué pinto en todo esto, señor?

James Bond había adivinado la respuesta, había adivinado por qué M demostraba su disgusto respecto a todo aquel asunto. Se trataba de un trabajo muy sucio y, dado que pertenecía a la Sección Doble 0, habían escogido a Bond para hacerlo. Sin embargo, Bond quería obligar a M a decirlo en voz alta. Eran malas noticias, sórdidas, y no quería oírlas en boca de uno de los oficiales de la sección, ni siquiera del jefe de Estado Mayor. Se trataba de un asesinato, de acuerdo, pero quería que M se lo dijera él mismo.

—¿Que qué pinta en todo esto, 007? —M lo miró fríamente desde el otro lado del escritorio.— Ya sabe lo que debe hacer. Tiene que matar a ese francotirador y debe hacerlo antes de que él se cargue a 272. Eso es todo. ¿Comprendido?

La mirada de sus ojos azul claro era fría como el hielo. Sin embargo, Bond era consciente del esfuerzo que le suponía representar ese papel. A M no le gustaba enviar a nadie a cometer un asesinato, pero, cuando era necesario hacerlo, siempre manifestaba esa fría y determinada autoridad. Bond sabía por qué: para aliviar el sentimiento de culpa y la presión sobre los hombros del asesino.

Así que Bond, quien lo conocía bien, decidió facilitarle la tarea y se levantó.

—De acuerdo, señor. Imagino que el jefe de Estado Mayor conoce todos los detalles. Será mejor que me vaya para hacer unas cuantas prácticas. Que fallara no serviría de nada.

Bond se dirigió hacia la puerta.

—Siento haberle cargado con esto —dijo M en voz baja—. Un trabajo muy sucio. Pero tiene que hacerse bien.

—Haré lo que pueda, señor.

James Bond cerró la puerta al salir. Aquel trabajo no le gustaba, pero, al fin y al cabo, prefería hacerlo que tener la responsabilidad de ordenar a otro que lo hiciera.

El jefe de Estado Mayor se mostró sólo un poco más amable.

—Siento que le haya tocado a usted. James —dijo—. Taqueray dejó muy claro que no tenía a nadie suficientemente bueno en su estación, y este tipo de trabajo no se puede pedir a un soldado corriente. Hay muchos buenos tiradores en el BAOR^[13], pero un blanco vivo requiere un temple especial. En cualquier caso, he ido a Bisley y le he conseguido unas prácticas de tiro esta noche, a las ocho y cuarto, cuando el polígono esté cerrado. La visibilidad será aproximadamente la misma que tendrá en Berlín alrededor de una hora más temprano. El armero tiene el arma: un trasto de precisión que mandará con uno de sus hombres. Usted sabrá qué hacer. Tiene reservado un billete en el vuelo chárter de la BEA que sale a medianoche hacia

Berlín. Coja un taxi hasta esta dirección. —Le entregó un papel.— Suba al cuarto piso; allí lo esperará el Número 2 de Taqueray. Me temo que luego sólo le quedará sentarse a esperar durante los próximos tres días.

—¿Y qué pasa con el arma? ¿Tendré que pasarla por la aduana metida en una bolsa de golf o algo parecido?

Al jefe de Estado Mayor no le pareció gracioso el comentario.

—Viajará en una bolsa del Foreign Office. La recibirá mañana al mediodía. —Había cogido un cuaderno de notas.— Ahora será mejor que se ponga manos a la obra. Yo informaré a Taqueray de que todo está arreglado.

James Bond echó una ojeada a la esfera, de un azul mortecino, del reloj del tablero de mandos. Las diez y cuarto. Con suerte, a la misma hora del día siguiente, todo habría acabado ya. Al fin y al cabo, era la vida del tal «Gatillo» contra la vida de 272. No era *exactamente* un asesinato, aunque se le parecía mucho. Tocó la bocina con su potente claxon a un inofensivo turismo familiar, giró en la plaza con un derrapaje seco e innecesario, enderezó el volante bruscamente y se dirigió hacia las luces lejanas del aeropuerto de Londres.

El feo edificio de seis pisos en la esquina de Kochstrasse y Wilhelmstrasse era el único que todavía se sostenía en pie en aquel erial bombardeado. Bond pagó el taxi y, antes de tocar el timbre del cuarto piso y de oír inmediatamente el sonido del interfono, intuyó brevemente la imagen de paredes semiderruidas cubiertas de malas hierbas que se extendían hasta un amplio y desierto cruce de calles, iluminado en el centro por un grupo de arcos voltaicos amarillentos. La puerta se cerró detrás de él y se dirigió hacia el viejo ascensor por el desnudo suelo de cemento. El olor a repollo, tabaco barato y sudor le recordó otros bloques de pisos de Alemania y Europa central. Incluso el chirrido desmayado y débil del lento ascensor formaba parte del centenar de misiones a las que M le había lanzado, como si fuera un proyectil dirigido contra un blanco alejado y en las que había esperándole un problema, que se suponía debía resolver. Al menos en esta ocasión el comité de bienvenida estaba de su lado. Esta vez no había nada que temer al final de las escaleras.

El Número 2 de la Estación BO del Servicio Secreto era un hombre delgado y nervioso de unos cuarenta años. Llevaba el uniforme propio de su profesión, en este caso de antiguo alumno del Winchester College, que consistía en un usado traje de tweed de espiguilla verde oscuro, ligero y bien cortado, una suave camisa de seda blanca y una corbata. Al ver la corbata, y mientras intercambiaban los saludos convencionales en el reducido y viciado vestíbulo del piso, el ánimo de Bond, ya muy bajo, todavía se hundió más. Conocía a aquel tipo de hombre: piedra angular de la administración pública; poco estimado en el Winchester; buen segundón en PPE^[14]

en Oxford; la guerra, trabajos para el Estado Mayor llevados a cabo meticulosamente; quizás una OBE^[15]; Comisión de control aliado en Alemania, donde había sido reclutado por el Departamento de Inteligencia, del que pasó al Servicio Secreto, ya que era un trabajador ideal y experto en Seguridad, y porque pensaba que allí encontraría lo que nunca había tenido: vida, drama, amor. Se necesitaba un hombre sobrio y cuidadoso para que hiciera de carabina de Bond en aquel feo asunto, y el capitán Paul Sender, antiguo miembro de la Guardia galesa, había sido la elección obvia. Por supuesto, había aceptado. Ahora, como buen ex alumno del Winchester, ocultaba su desagrado por aquel trabajo bajo una prudente y trillada conversación, mientras enseñaba a Bond la distribución del piso y los arreglos que había llevado a cabo para, por un lado, preparar la ejecución y, por otro, su propia comodidad.

El piso consistía en un amplio dormitorio doble, un baño y una cocina con comida enlatada, leche, mantequilla, huevos, té, tocino, pan y una botella de Dimple Haig. La única característica extraña del dormitorio era que una de sus camas dobles estaba pegada a las cortinas, que cubrían la única y amplia ventana, y que debajo de las sábanas había amontonados tres colchones.

—¿Quiere usted echar un vistazo al campo de tiro? —preguntó el capitán Sender—. Después podrá explicarle qué piensan hacer los del otro bando.

Bond estaba cansado. No tenía muchas ganas de irse a la cama con la imagen de un campo de batalla en la cabeza.

—Muy bien —dijo.

El capitán Sender apagó la luz. Los resquicios de luz procedentes del cruce iluminaron el contorno de las cortinas.

—No quiero descorrer las cortinas —explicó el capitán Sender—. Quizás estén vigilando por si aparece un grupo de cobertura para 272. Si se tumba en la cama y mete la cabeza bajo las cortinas, le informaré acerca de lo que se ve. Mire a la izquierda.

Era una ventana de guillotina cuya mitad inferior estaba abierta. El colchón cedía muy poco, por lo que James Bond se encontró, más o menos, en la misma posición de fuego que había adoptado en el polígono de tiro Century, sólo que ahora contemplaba un irregular terreno destruido por bombas y cubierto de malas hierbas que se extendía hasta el brillante río de la Zimmerstrasse: la frontera con el Berlín Este. Parecía haber unos ciento cincuenta metros. Por encima de él, al otro lado de las cortinas, el capitán Sender reanudó la explicación. A Bond le recordó una sesión con un espiritista.

—Delante de usted está el terreno bombardeado. Hay muchos sitios para ponerse a cubierto y unos ciento treinta metros hasta la frontera. Después, la frontera, la calle, y luego una larga franja de más terreno bombardeado en el lado enemigo. Por esta razón 272 escogió esta ruta, porque es uno de los pocos lugares de la ciudad donde el terreno es irregular: hierbas altas, paredes derruidas y sótanos en ambos lados de la

frontera. Se arrastrará entre la maraña de aquel lado y cruzará corriendo la Zimmerstrasse hasta alcanzar la maraña de nuestro lado. El problema es que tendrá que correr treinta metros de frontera profusamente iluminados. Ese será el lugar para matarlo, ¿de acuerdo?

—Sí —dijo Bond en voz baja.

El rastro del enemigo y la necesidad de tomar precauciones ya se habían apoderado de su ánimo.

—A la izquierda, el gran bloque nuevo de diez pisos es la Haus der Ministerien, el principal centro neurálgico del Berlín Este. Verá que en la mayor parte de las ventanas hay luz. La actividad se mantiene durante toda la noche; esos tipos trabajan mucho, las veinticuatro horas del día. Seguramente no tendrá que preocuparse por las ventanas iluminadas. Sin duda, el tal «Gatillo» disparará desde una de las ventanas a oscuras. Si se fija, verá que hay cuatro ventanas juntas en la esquina, encima del cruce. Anoche estaban a oscuras y esta noche también. Tienen una línea de fuego perfecta; desde ahí, hay una distancia de entre trescientos y trescientos diez metros. Tengo las cifras exactas, si las necesita. No hay mucho más que pueda preocuparle. Esa calle es solitaria. Por la noche, sólo pasan patrullas motorizadas cada media hora: un carro blindado ligero con un par de motos como escolta. Anoche, y supongo que es lo habitual, entre seis y siete (a la hora en que tendrá que hacerlo), había poca gente que circulara por la entrada lateral. Parecían funcionarios. Con anterioridad, no pasó nada fuera de lo corriente: el número habitual de gente que entra y sale de un edificio oficial muy concurrido, con la excepción de una maldita orquesta entera de mujeres. Hicieron un jaleo tremendo en la sala de conciertos que tienen dentro. Una parte del edificio alberga el Ministerio de Cultura. Por lo demás, nada. No hemos visto a ninguno de los tipos de la KGB que conocemos, ni indicio alguno de preparativos para un trabajo como éste. Pero resulta lógico, claro. Los tipos del otro bando son cuidadosos. En cualquier caso, échele un buen vistazo y no olvide que ahora está más oscuro de lo que lo estará mañana hacia las seis. De todas formas, puede hacerse una idea de todo ello.

Bond tuvo la visión de conjunto, que permaneció en su cabeza hasta mucho después de que el otro hombre estuviera profundamente dormido y roncara quedamente con un chasquido suave y regular..., el ronquido de un antiguo alumno del Winchester, pensó Bond con irritación.

Sí, había tenido la visión, la visión de un atisbo de movimiento entre las ruinas sombrías al otro lado del brillante río de luz, una pausa, y luego una carrera zigzagueante a toda velocidad de un hombre iluminado por el brillo intenso de unos arcos, el estampido de un disparo y un bulto desplomado e informe en medio de la avenida, o el sonido de su propio disparo a través de las matas y los escombros del sector oriental: muerte súbita o huida hasta la base. ¡Una buena disyuntiva! ¿Cuánto

tiempo tendría Bond para ver al francotirador ruso en cualquiera de esas ventanas oscuras? ¿Y para matarlo? ¿Cinco segundos? ¿Diez? Cuando el amanecer bordeó las cortinas con una luz grisácea, Bond capituló ante su mente agitada. Ella había ganado. Fue al baño sin hacer ruido y examinó las hileras de medicinas que un considerado Servicio Secreto había preparado para mantener a su verdugo en forma. Escogió Tuinal, un somnífero, se tragó un par de aquellas cargas de profundidad azules y rojas con la ayuda de un vaso de agua y volvió a la cama. Después, aturdido, se durmió.

Despertó al mediodía. El piso estaba vacío. Bond descorrió las cortinas para dejar entrar la luz gris de un día prusiano y, de pie y apartado de la cortina, contempló la monotonía de Berlín, mientras escuchaba el ruido de los tranvías y el chirrido lejano del U-Bahn al tomar la amplia curva hacia el Zoo. Echó una rápida mirada de desagrado a lo que había estado observando la noche anterior, se fijó en que los hierbajos que había entre los escombros de los bombardeos eran muy parecidos a los de Londres: enredaderas, acederas y helechos, y se dirigió a la cocina. Allí había una nota sobre una rebanada de pan:

«Mi amigo —un eufemismo del Servicio Secreto que en ese contexto se refería al jefe de Sender— dice que, si quiere, puede salir, pero vuelva hacia las 17:00 horas. Su equipo —otra palabra para referirse al fusil de Bond— ha llegado y el asistente lo montará esta tarde. P. Sender.»

Bond encendió la cocina de gas y quemó el mensaje con una mueca burlona. Después se preparó un gran plato de huevos revueltos con tocino, que colocó encima de una tostada con mantequilla, y lo acompañó de un café al que había añadido una generosa ración de whisky. Luego se dio una ducha, se afeitó y se vistió con un traje sobrio y anónimo, típico de un europeo de clase media, que había traído expresamente. Miró su cama deshecha, decidió que podía irse al cuerno y, después de bajar en el ascensor, salió del edificio.

James Bond siempre había pensado que Berlín era una ciudad sombría y hostil y creía que su parte occidental estaba barnizada con una frágil y chapucera capa de lustre, como los accesorios cromados de los automóviles norteamericanos. Fue andando hasta la Kurfürstendamm, se sentó en el Café Marquardt, se tomó un café y contempló, con ánimo melancólico, las obedientes colas de peatones que esperaban el verde de los semáforos mientras el resplandeciente flujo de vehículos se dirigía a realizar un peligroso baile en aquel cruce tan concurrido.

Fuera hacía frío, y el viento inclemente, procedente de las estepas rusas, azotaba

las faldas de las muchachas y los impermeables de los impacientes y presurosos hombres, cada uno con su inevitable maletín bajo el brazo. Los radiadores infrarrojos del café refulgían con un resplandor rojizo que confería un brillo falso a los rostros de los ocupantes del local mientras consumían su tradicional «taza de café y diez vasos de agua», leían gratis los periódicos y revistas de los revisteros de madera o se inclinaban afanosos sobre documentos de trabajo.

Bond, eliminando de su mente todo lo concerniente a aquella noche, discutió consigo mismo maneras de pasar la tarde. Finalmente, las redujo a dos: una visita al edificio de piedra marrón y apariencia respetable en Clausewitzstrasse, conocido por todos los conserjes de hotel y taxistas de la ciudad, o una excursión al Wannsee con una caminata agotadora por el Grunewald. Triunfó la virtud. Bond pagó su café, salió al frío de la calle y cogió un taxi al Zoo.

El aliento del otoño había rozado los bellos árboles jóvenes que rodeaban el lago y su verdor estaba ya salpicado de oro. Bond anduvo a buen paso durante dos horas por los senderos cubiertos de hojas y, después, eligió un restaurante con una terraza acristalada situada sobre el lago para disfrutar de un almuerzo tardío, compuesto por una ración doble de arenques salados recubiertos de crema y aros de cebolla y dos «Molle mit Korn» —schnapps, dobles, acompañados de cerveza Lowenbräu—. Más tarde, sintiéndose más animado, cogió el S-Bahn de vuelta a la ciudad.

Delante del edificio, un hombre joven de aspecto anodino manipulaba el motor de un Opel negro. No levantó la cabeza del capó cuando Bond pasó a su lado en dirección a la puerta para tocar el timbre.

El capitán Sender lo tranquilizó. Era un «amigo», un cabo del departamento de transporte de la Estación BO. Había arreglado un problema complicado del motor del Opel y todas las noches, de seis a siete, estaría preparado para producir una serie de sonidos explosivos con el coche cuando Sender le diera la señal por su walkie-talkie. Así cubrirían el ruido de los disparos de Bond. De lo contrario, el vecindario podría avisar a la policía y tendrían que dar muchas explicaciones desagradables. Su escondite estaba en el sector estadounidense y, aunque sus «amigos» norteamericanos habían dado vía libre a la operación, los «amigos» estaban naturalmente ansiosos de que fuera un trabajo limpio y sin consecuencias.

Bond se mostró debidamente impresionado por el truquito del coche, al igual que por los preparativos extremadamente profesionales dispuestos para él en el salón. Allí, detrás de la cabecera de la cama alta y para proporcionar una perfecta posición de fuego, habían montado un soporte de metal y madera pegado al amplio alféizar de la ventana, donde estaba el Winchester instalado a lo largo, con la punta del cañón rozando la cortina. Habían pintado de negro todas las partes de metal y de madera del fusil y del visor Sniperscope y, extendido sobre la cama, se encontraba una siniestra capucha de terciopelo negro, cosida a una camisa del mismo material que llegaba

hasta la cintura. La capucha tenía unas rajitas para los ojos y la boca. A Bond le recordó los grabados de la Inquisición española o de los anónimos encargados de la guillotina durante la Revolución francesa. En la cama del capitán Sender había otra capucha igual y, en el alféizar, unas gafas nocturnas y el auricular del walkie-talkie.

El capitán Sender, con el semblante tenso por la inquietud, le comunicó que no había noticias nuevas en la Estación, ni cambio alguno en la situación. ¿Quería Bond comer algo? ¿O tomar una tacita de té? ¿Tal vez un tranquilizante? Los había de diversas clases en el cuarto de baño.

Bond imprimió una expresión alegre y relajada a su rostro, dijo «No, gracias» y ofreció un animado relato de su jornada, mientras una arteria próxima a su plexo solar empezaba a latir poco a poco, a medida que la tensión aumentaba en su interior, como si se tratara de un muelle. Finalmente, concluyó su relato y se tumbó en la cama con una novela de intriga en alemán que había comprado durante su paseo, mientras el capitán Sender recorría afanosamente el piso, mirando el reloj demasiado a menudo y fumando, uno tras otro, cigarrillos Kent con filtro y boquilla Dunhill, ya que era un hombre meticuloso.

La elección de lectura de James Bond, incitada por una espectacular portada con una chica medio desnuda atada a una cama, resultó ser la indicada para la ocasión. Se llamaba *Verderbt, Verdammt, Verraten*. El prefijo «*ver*» significaba que aquella chica no sólo se había visto arruinada, condenada y traicionada, sino que además había sufrido todas esas desgracias en su grado extremo. James Bond se concentró temporalmente en las tribulaciones de la heroína, Gráfin Liselotte Mutzenbacher, y sintió una cierta irritación al oír decir al capitán Sender que eran las cinco y media y había llegado el momento de tomar sus posiciones.

Bond se quitó la chaqueta y la corbata, se metió dos chicles en la boca y se puso la capucha. El capitán Sender apagó las luces y Bond se tumbó en la cama, apoyó el ojo en el ocular del Sniperscope y, lentamente, alzó el extremo inferior de la cortina y lo dejó descansando sobre sus hombros.

Aunque el anochecer estaba próximo, la escena, que un año más tarde se haría muy famosa con el nombre de «Checkpoint Charlie», era como una fotografía bien memorizada: el terreno baldío delante de él, el brillante río de la calle fronteriza, el otro terreno baldío situado más allá y, a la izquierda, el feo edificio cuadrado de la Haus der Ministerien, con algunas ventanas iluminadas y otras a oscuras. Bond lo observó todo muy lentamente, moviendo el Sniperscope con el fusil mediante los ajustadores de precisión de la base de madera. Todo estaba igual, excepto la procesión de gente que en ese momento entraba y salía del ministerio por la puerta que daba a Wilhelmstrasse. Bond recorrió con la vista las cuatro ventanas oscuras, a oscuras también esta noche, que —coincidía con Sender— serían la línea de fuego del enemigo. Las cortinas estaban corridas, y la parte inferior de las ventanas de

guillotina, abierta. El visor de Bond no podía penetrar en las habitaciones, aunque no había señal de movimiento en el interior de aquellas cuatro bocas abiertas, negras y rectangulares.

En ese momento, en la calle de abajo se veía más tráfico. La orquesta femenina desfiló por la acera hacia la entrada; veinte muchachas risueñas y habladoras portaban sus instrumentos musicales: estuches de instrumentos de viento y violín, carteras con partituras, y cuatro de ellas tambores. Era una pequeña procesión alegre y animada. Bond pensó que alguien encontraba aún la vida divertida en el sector soviético, cuando su visor se detuvo en la muchacha que llevaba un violonchelo. Las mandíbulas de Bond, que todavía masticaban chicle, se inmovilizaron para luego continuar reflexivamente con su movimiento, mientras hacía girar el tornillo para ajustar el Sniperscope y mantener a la muchacha en el centro del visor.

La chica era más alta que el resto. Su cabello, rubio, largo y liso, le cubría los hombros y resplandecía como oro fundido bajo los arcos del cruce. Apretaba el paso de una manera encantadora, llena de animación, y cargaba con el estuche del violonchelo como si pesara tan poco como un violín. Todo en ella revoloteaba: los faldones de su abrigo, sus pies, su cabello. Sus movimientos eran dinámicos, pletóricos de vida y, aparentemente, de alegría y felicidad, mientras hablaba con las dos muchachas que la flanqueaban y reían al oír sus palabras. Cuando se volvió, rodeada por toda la tropa en la puerta del edificio, la luz iluminó brevemente un perfil bello y pálido; un segundo más tarde, había desaparecido, dejando en Bond una espina de tristeza clavada en su corazón. ¡Qué extraño! ¡Realmente extraño! No le había pasado una cosa así desde que era joven y ahora, aquella muchacha, a la que había visto sólo vagamente y de lejos, le había provocado el agudo sufrimiento del anhelo insatisfecho, el estremecimiento del magnetismo animal. Enojado, Bond miró la esfera luminosa de su reloj; las cinco cincuenta. Sólo faltaban diez minutos. Nadie se había detenido frente a la entrada; ninguno de los Zik negros anónimos y utilitarios que esperaba ver. Hizo un esfuerzo para apartar sus pensamientos de la muchacha y se concentró. «¡Venga, maldita sea! ¡Concéntrate en tu trabajo!»

Desde algún lugar en el interior del ministerio, surgieron los sonidos habituales de una orquesta al afinar sus instrumentos —las cuerdas ajustaban sus notas a las del piano y al sonido estridente de los instrumentos de viento de madera—, luego una pausa y, finalmente, se oyó una melodía cuando la orquesta atacó, con bastante destreza a juicio de Bond, los primeros compases de algo que incluso a James Bond le resultaba familiar.

—*Las Danzas del Príncipe Igor* —dijo el capitán Sender sucintamente—. Pronto serán las seis. —Inmediatamente, en tono apremiante, añadió—: ¡Eh! ¡Abajo, a la derecha de las cuatro ventanas! ¡Cuidado!

Bond ajustó el Sniperscope. Sí, había movimiento dentro de aquella cueva oscura.

Un objeto grueso y negro, un arma, había surgido del interior. Se movía sin titubeos, lentamente, inclinándose hacia abajo y hacia los lados para cubrir el trozo de la Zimerstrasse que se extendía entre los dos solares cubiertos de escombros. El tirador pareció darse por satisfecho y el arma se quedó quieta, fijada, evidentemente, sobre un soporte parecido al que tenía Bond bajo su fusil.

—¿Qué es? ¿Qué tipo de arma?

La voz del capitán Sender sonaba más ansiosa de lo que debería.

«¡Tómalo con calma! —pensó Bond—. Soy yo el que debería estar nervioso.»

Aguzó la vista para abarcar el plano apagallamas de la boca del arma, el visor telescópico y el cargador inferior. ¡Sí! ¡Lo era! Sin duda alguna... ¡y el mejor que tenían!

—Kalashnikov —dijo Bond bruscamente, y añadió—: Un fusil de treinta disparos en 7.62 milímetros. El favorito de la KGB. Después de todo, parece que van a hacer un trabajito de saturación. Es perfecta para dar en el blanco. Tendremos que hacerlo muy deprisa o 272 no sólo acabará muerto, sino como un higo despachurrado. Usted siga vigilando cualquier movimiento que se produzca entre los escombros. Yo tengo que seguir pegado a la ventana y al arma. Ese hombre tendrá que inclinarse para disparar. Probablemente hay más gente detrás de él vigilando, quizás en las cuatro ventanas. Todo va tal como esperábamos, aunque no imaginaba que usarían un arma tan estruendosa como ésa. Debería habérmelo imaginado. Con esta luz, un hombre corriendo es un objetivo difícil de alcanzar con un solo disparo.

Bond ajustó imperceptiblemente los tornillos que regulaban las líneas de la cruz filar hasta que consiguió que formaran una intersección perfecta, justo detrás del punto donde la culata del arma enemiga se fundía con la oscuridad que la amparaba. «¡Dispara al pecho y olvídate de la cabeza!»

Enfundada en la capucha, la cabeza de Bond empezó a sudar, y el contacto del ojo con la goma del ocular se volvió resbaladizo. No importaba. Eran sus manos, sobre todo su dedo índice, el que tenía que permanecer seco. A medida que pasaban los minutos, empezó a parpadear con frecuencia para descansar la vista, movió las extremidades para mantenerlas flexibles y escuchó la música para relajar la mente.

Los minutos pasaron con lentitud plomiza. ¿Cuántos años tendría la muchacha? Veintipocos, unos veintitrés. Su aplomo y elegancia, aquel atisbo de autoridad en su paso largo y ágil parecían indicar que descendía de una noble estirpe: seguramente de alguna de las antiguas familias prusianas o de un linaje similar de origen polaco o incluso ruso. ¿Por qué diablos había escogido el violonchelo? Había algo casi indecente en la imagen de aquel abultado y torpe instrumento entre sus muslos separados. La verdad es que Suggia había logrado parecer elegante, y también la tal Amaryllis no-se-qué, pero, aun así, deberían inventar una manera para que las mujeres tocaran aquel maldito instrumento de costado.

—Las siete —dijo el capitán Sender a su lado—.

Nada se ha movido en el otro lado. En el nuestro, sí, junto a un sótano cercano a la frontera; era nuestro comité de recepción, dos buenos hombres de la Estación. Será mejor que usted no se mueva hasta que los otros terminen. Cuando retiren el arma, dígamelo.

—De acuerdo.

Eran las siete y media cuando el fusil de la KGB se retiró lentamente hacia el oscuro interior. La parte inferior de las cuatro ventanas se fue cerrando una por una. Aquel juego despiadado había acabado por esa noche, y 272 seguía escondido. ¡Todavía faltaban dos noches!

Bond deslizó suavemente la cortina por encima de sus hombros a lo largo del cañón del Winchester. Se levantó, se quitó la capucha y se dirigió al cuarto de baño para desnudarse y meterse en la ducha. Después se tomó dos whiskys largos con hielo, uno detrás de otro, mientras esperaba con el oído atento a que el sonido de la orquesta, apagado ahora, cesara. Cuando finalmente hubo concluido a las ocho en punto (con el experto comentario de su compañero: «*El Príncipe Igor*, de Borodin, *Danza coral número 17*, creo»), se dirigió a Sender, quien había estado garabateando un confuso informe para el jefe de Estación.

—Voy a echar otro vistazo —le dijo—. Le he cogido cariño a la rubia alta del violonchelo.

—Ni me he fijado —dijo Sender con indiferencia, mientras iba a la cocina.

«Té —pensó Bond—, o quizás Horlicks.» Se puso la capucha, volvió a su posición de disparo y enfocó el Sniperscope hacia la entrada del ministerio. Sí, ahí estaban, aunque ahora no tan contentas y felices. Parecían cansadas. Y ahí estaba ella, menos animada, pero todavía con esa manera despreocupada de andar. Bond contempló su ondeante cabello rubio y su gabardina beige hasta que se desvanecieron en el crepúsculo azulado camino de Wilhelmstrasse. ¿Dónde vivía? ¿En alguna pobre y desconchada habitación de los suburbios? ¿O en alguno de los pisos privilegiados de aquella horrible Stalinallee con azulejos de cuarto de baño?

Bond se apartó del Sniperscope. Vivía en algún lugar, a poca distancia de allí. ¿Estaría casada? ¿Tendría un amante? «¡Al cuerno!» No era para él.

Salvo pequeñas variaciones, el día y la noche de vigilancia siguientes fueron réplicas de los anteriores. James Bond tuvo dos breves citas más con la muchacha, a través del Sniperscope, y, por lo demás, el tiempo pasó sin ningún provecho. La tensión fue aumentando hasta que, al llegar el tercer y último día, se había convertido en una niebla que invadía la pequeña habitación.

James Bond llenó el tercer día con un programa demencial de museos, galerías de arte, el Zoo y una película, sin casi enterarse de lo que veía y con la mente dividida

entre la muchacha y aquellos cuatro cuadrados negros, el tubo también negro y el desconocido que había detrás de él, el hombre al que inevitablemente iba a matar esa noche.

Bond volvió al piso a las cinco en punto. Evitó una pelea con el capitán Sender, a causa de un whisky largo que se había servido antes de ponerse la terrible capucha, que ya olía a sudor. El capitán Sender había intentado impedirlo y, al fracasar, lo había amenazado con llamar al jefe de Estación y denunciarle por no cumplir sus órdenes.

—Mire, amigo mío —dijo Bond con voz cansina—, soy yo quien va a cometer un asesinato esta noche. No usted. Yo. Así que sea un buen chico y váyase al cuerno, ¿de acuerdo? Cuando esto acabe, puede contarle a Tanqueray todo lo que quiera. ¿Cree usted que me gusta este trabajo? ¿Tener un número con dos ceros y todo eso? Me encantaría que consiguiera que me echaran de la Sección Doble 0, así podría instalarme y hacerme con un agradable nidito de papeles como un oficial normal. ¿Vale?

Bond terminó su whisky, cogió su novela de intriga, cuya trama alcanzaba en ese momento un pésimo clímax, y se tumbó en la cama.

El capitán Sender, con un silencio glacial, se dirigió a la cocina para prepararse, a juzgar por el ruido, su inevitable tacita de té.

Bond sintió como el whisky deshacía los nudos de su estómago. «¿Y ahora qué, Liselotte? ¿Cómo diablos vas a salir de este aprieto?»

Eran exactamente las seis en punto cuando Sender, desde su puesto de observación, empezó a hablar con premura:

—Bond, algo se mueve allá abajo. Ahora ha parado... Espere, no, vuelve a moverse, sin levantar la cabeza. Hay un trozo de pared. El enemigo no puede verlo ahora. Tiene unos arbustos delante de él, unos cuantos metros de arbustos. ¡Dios mío! Los está cruzando. Se mueven. Espero que crean que sólo es el viento. Ya los ha cruzado y se ha tirado al suelo. ¿Alguna reacción?

—No —dijo Bond con tono tenso—. Siga hablando. ¿Está lejos de la frontera?

—Sólo le faltan unos cincuenta metros. —La voz del capitán Sender sonaba ronca por la emoción.— Escombros, algunos a la vista. Después, un buen pedazo de pared pegado a la acera. Tendrá que saltar por encima y entonces posiblemente lo verán. ¡Ahora! Ha recorrido diez metros... y diez más. Se le ha visto claramente. Se ha oscurecido la cara y las manos. ¡Prepárese! De un momento a otro hará el esprint final.

Bond sintió como las gotas de sudor le recorrían el rostro y el cuello. Se arriesgó a secarse las manos en los laterales del pantalón y volvió a coger el fusil; introdujo el dedo en el guardamonte, justo al lado de la curva del gatillo.

—Algo se mueve en el interior de la habitación, detrás del arma. Deben de haberlo visto. Que el Opel empiece a sonar.

Bond oyó como el capitán Sender daba la contraseña por el walkie-talkie; luego, el ruido de arranque del Opel en la calle, y sintió que el pulso se le aceleraba cuando el motor cobró vida y una serie de estallidos ensordecedores surgieron del tubo de escape.

El movimiento dentro de aquella oscura cueva era indudable. Un brazo negro con un guante también negro salió por debajo de la culata.

—¡Ahora! —gritó el capitán Sender—. ¡Ahora! ¡Corre hacia el muro! ¡Se ha encaramado! ¡Va a saltar!

En ese momento, a través del Sniperscope, Bond vio la cabeza de «Gatillo»: la pureza de su perfil y la dorada cascada de cabello apoyados en la culata del Kalashnikov. ¡Era mujer muerta, un blanco fácil! Los dedos de Bond tocaron con rapidez los tornillos de ajuste; los movió y, justo en el momento en que el estallido amarillo surgía de la boca del otro fusil, apretó el gatillo.

La bala, lanzada a trescientos diez metros, debía de haber impactado en el punto en que la culata se juntaba con el cañón y seguramente estaba alojada en la mano izquierda, pero el impacto arrancó el arma del soporte, hizo que golpeará contra el marco lateral de la ventana y saliera proyectada para caer dando vueltas en el aire y acabar estrellándose en medio de la calle.

—¡Lo ha hecho! —gritó el capitán Sender—. ¡Lo ha hecho! ¡Lo ha conseguido! ¡Dios mío, lo ha conseguido!

—¡Agáchese! —le espetó Bond con brusquedad.

Se tiró al suelo por un lado de la cama mientras el haz enorme de un reflector procedente de una de las ventanas oscuras barría la calle en dirección al edificio y a la habitación. Se oyeron disparos y una lluvia de balas penetró por la ventana, rasgó la cortina, destrozó el marco de madera y finalmente golpeó las paredes.

Por encima del estallido y del zumbido de las balas, Bond oyó al Opel alejarse a toda velocidad calle abajo y, también, el murmullo entrecortado de la orquesta. La combinación de ambos sonidos lo hizo caer en la cuenta. ¡Pues claro! Sin duda la orquesta había hecho un ruido de mil demonios desde la Haus der Ministerien y, como los ronquidos del Opel en su bando, había servido para proporcionar una cierta cobertura al súbito estallido de los disparos efectuados por «Gatillo». ¿Había llevado la muchacha el arma arriba y abajo todos los días dentro del estuche del violonchelo? ¿Estaría toda la orquesta formada por mujeres de la KGB? Los demás estuches ¿contenían sólo el equipo auxiliar, por ejemplo, el reflector oculto dentro del estuche del bombo, mientras los instrumentos de verdad esperaban en la sala de conciertos?

¿Demasiado complicado? ¿Demasiado fantástico? Seguramente. Pero no había duda alguna sobre la muchacha. A través del Sniperscope, Bond había podido ver un

ojo abierto de largas pestañas que apuntaba con atención. ¿Le habría hecho daño? Casi con toda seguridad le había dado en el brazo izquierdo. No tendría oportunidad de verla, de ver cómo estaba, si salía con la orquesta. No volvería a verla. Su ventana se había convertido en una trampa mortal. Como para reforzar tal idea, una bala perdida golpeó el mecanismo del Winchester, ya dañado y caído a un lado, y un trozo de plomo caliente rozó la mano de Bond y le quemó la piel. Como respuesta al expresivo exabrupto de Bond, los disparos cesaron bruscamente y el silencio se apoderó de la habitación.

El capitán Sender salió de detrás de su cama y se sacudió los cristales del cabello, que crujían a su paso. Ambos se dirigieron a la cocina, cruzaron la puerta destrozada y encendieron la luz, puesto que la habitación no daba a la calle y no representaba ningún peligro.

—¿Alguna herida? —preguntó Bond.

—No. ¿Está usted bien?

Los pálidos ojos del capitán Sender brillaban con la excitación que sobreviene después de la batalla y al mismo tiempo, notó Bond, reflejaban el fulgor de una acusación.

—Sí. Sólo necesito una tirita para la mano. Una de las balas me rozó.

Bond se dirigió al cuarto de baño. Al salir, el capitán Sender se encontraba sentado junto al walkie-talkie, que había cogido del salón.

—Eso es todo —decía por el auricular—. Todo bien con 272. Que el blindado se dé prisa, si es posible. Nos encantará salir de aquí y 007 todavía tiene que escribir su versión sobre lo que ha pasado. ¿De acuerdo? Cambio y corto.

El capitán Sender se volvió hacia Bond.

—Me temo —dijo en un tono entre acusador y avergonzado— que el jefe de Estación necesita por escrito las razones por las que usted no se ha cargado a ese tipo. Tuve que contarle que vi cómo, en el último momento, se desviaba del blanco. Eso dio tiempo a «Gatillo» para disparar. Por suerte, 272 ya había emprendido su última carrera, pero el disparo dio en la pared que había detrás de él. ¿A qué vino todo eso?

James Bond sabía que podía mentir, sabía que podía inventarse una docena de excusas por lo que había hecho. Pero prefirió dar un buen trago al whisky cargado que se había servido; luego dejó el vaso y miró al capitán Sender directamente a los ojos.

—«Gatillo» era una mujer.

—¿Y qué? La KGB tiene muchas agentes... y tiradoras. No me sorprende en absoluto. El equipo femenino ruso siempre hace un buen papel en los Campeonatos mundiales. En el último certamen, en Moscú, acabaron primeras, segundas y terceras contra siete países más. Todavía puedo recordar dos de sus nombres: Donskaya y Lomova, unas tiradoras estupendas. Incluso podía tratarse de una de ellas. ¿Qué

aspecto tenía? Seguro que podemos identificarla en nuestros archivos.

—Era rubia, la muchacha que llevaba el violonchelo de la orquesta. Seguramente llevaba el arma dentro del estuche y la orquesta estaba allí para cubrir los disparos.

—¡Ah! —exclamó el capitán Sender lentamente—. Ya veo. ¿La muchacha en la que usted se fijó?

—Eso es.

—Mire, lo siento, pero también tendré que incluir esto en mi informe. Usted tenía órdenes expresas de eliminar a «Gatillo».

Se oyó el sonido de un vehículo que se acercaba y se detenía debajo de la casa. El timbre sonó dos veces.

—Será mejor que nos marchemos —dijo el capitán Sender—. Nos han mandado un blindado para que nos saque de aquí. —Hizo una pausa. Su mirada se posó en los hombros de Bond, para evitar mirarlo a los ojos.— Siento lo del informe, pero yo tengo que cumplir con mi deber, ya sabe. Debería usted haber matado al tirador, fuera quien fuera.

Bond se levantó. De repente, no quería dejar aquel pisito maloliente y hecho pedazos, abandonar el lugar desde donde, durante tres días, había tenido aquel unilateral romance a larga distancia con una muchacha desconocida..., una enemiga desconocida que desempeñaba el mismo trabajo que él, pero para su organización. ¡Pobre desgraciada! Ahora tendría muchos más problemas que los que tenía él. Probablemente la juzgarían en consejo de guerra por haber realizado mal su trabajo y con seguridad la expulsarían de la KGB. Se encogió de hombros. Al menos, intentarían evitar tener que matarla... tal como él había hecho.

—De acuerdo —dijo Bond con indiferencia—. Con un poco de suerte, me costará mi número de dos ceros, pero dígame al jefe de Estación que no se preocupe. Esa muchacha ya no disparará más. Probablemente perderá la mano izquierda y, sin duda, he acabado con sus habilidades para este tipo de trabajos. Le he dado un susto de muerte. En mi opinión, con eso bastaba. Vámonos.



IAN FLEMING nació en Londres en 1908. Se educó en Eton y en la academia militar de Sandhurst. Cursó estudios universitarios en Munich y en Ginebra. Trabajó en la agencia de noticias Reuters y, al comenzar la segunda guerra mundial, se alistó en la Inteligencia Naval, donde sirvió con el grado de capitán de fragata. En 1945, al acabar la guerra, se hizo construir una casa, *Goldeneye*, en Jamaica, donde se instalaba todos los inviernos. Fue en ella donde creó a su agente secreto James Bond. *Casino Royale*, la primera novela en que aparece el personaje, fue terminada de escribir la víspera de su boda con Anne Rothermere en 1952 y publicada en 1953. Fleming escribió otras dos novelas, *Chitty Chitty Bang Bang* y *The Diamond Smugglers*, no ambientadas en el mundo de los servicios secretos.

La salud de Fleming comenzó a deteriorarse a finales de los años 50. Murió en 1964, a la edad de 56 años.

Notas

[1] Los hechos ocurren después de la aventura *El hombre de la pistola de oro*. <<

[2] Podría traducirse como «Oficina de objetos varios». (N. de la t.) <<

[3] *Office of Strategic Services*, organismo precursor de la CIA. (N. de la t.) <<

[4] «*¡Hay que sufrir para ser millonario!*» En francés en el original. (N. de la t.) <<

[5] *Order of the British Empire*: Orden del Imperio Británico. (N. de la t.) <<

[6] *Supreme Headquarters Allied Expeditionary Forces*: Cuartel general de las fuerzas expedicionarias aliadas. (N. de la t.) <<

[7] *Security Intelligence Service*: Servicio de Seguridad de Inteligencia. (N. de la t.)

<<

[8] Transcurre entre *Al servicio secreto de Su Majestad* y *Sólo se vive dos veces*. <<

[9] *Situation Reports*: informes de situación. (N. de la t.) <<

[10] NKVD: organismo de la policía secreta soviética, antecedente de la KGB. (N. de la t.) <<

[11] Transcurre entre *Operación Trueno* y *El espía que me amó*, después de *007 in New York*. <<

[12] *National Rifle Association*: Asociación Nacional del Rifle (N. de la t.) <<

[13] *British Army of the Rhine*: Ejército británico del Rin. (N. de la t.) <<

[14] *Philosophy, politics and economics*. Título universitario. (N. de la t.) <<

[15] *Order of The British Empire*: Orden del Imperio Británico. (N. de la t.) <<